

La Maldición de las Cortes

Alexandra Jazmin Huaman M.



Image not found.

Capítulo 1

PREFACIO

Desde que nací siempre me he encontrado en la cima, siendo el constante centro de atención. Las lecciones que eran aprendidas y las pérdidas de la infancia que normalmente discrepaban, aun así, yo lo tenía todo, inclusive un poco de libertad para elecciones fáciles y difíciles, por lo que estaba acostumbrado a vivir así.

Imponer órdenes fue una de mis primeras lecciones y por consiguiente una larga lista de gustos definidos, solo que en aquella oportunidad no espere en lo absoluto que fuese yo quien obedeciera una orden, mis padres difícilmente me los daban y así como ordenaron fui rumbo a la Corte de Verano.

Los miembros de mi corte tenemos una manera peculiar de actuar. Nosotros mismos nos definíamos como fríos. Nos dedicábamos toda nuestra vida a crear mascararas para ocultar nuestras debilidades y por ende, como comúnmente éramos, pero cuando la encontré por primera vez, comprendí que toda mi vida había estado equivocado y de que las profecías si se hacían realidad.

Aquel día conocí a Aglae totalmente opuesta a mí. Una princesa que vivía escondiéndose pero era más bondadosa que alguno de nosotros. Aquel día decidí que sería mía y por consiguiente la observe, mucho tiempo.

Aglae es y será mi primer y único amor... por siempre.

CAPITULO 1. Princesa Humana.

Mi nombre es Grainé Aglae D. Soliere, princesa de la Corte de Verano en el mundo élfico, hija del rey Magnus Empire D. Soliere y de la reina Náyade Calipso D. Soliere que gobiernan en la tierra en el bosque al oeste del mundo, un lugar en donde eternamente el calor perdura y nadie muere de frio, la grandiosa Corte de Verano.

Nací hace casi dieciocho años en el árbol sagrado de "Hojas de Ámbar", una noche de luna nueva, una noche fría a pesar de estar en un lugar cálido, un día que dio un nuevo inicio.

Hace ya un tiempo que se había profetizado mi nacimiento, me lo contaron en muchos libros y de muchas maneras diferentes con siempre el mismo final. Una reina que quedaría embarazada de dos bebés solo que, en mi mundo el ser que queda embarazado de dos bebés es

desafortunado.

En todos los casos, algo que no me paso por decisión de mis padres es que al nacer dos seres de un solo vientre, uno debe ser enviado al mundo humano. En el mejor de los casos los padres en verdad llegaron a amar un poco al bebe para darle recuerdos, y que cuando cumpla los dieciocho él o ella averiguara una pequeña fortuna en gemas escondida en un lugar donde solo ellos podrán encontrarlos. En el más normal de los casos solo aparecen en el mundo humano y viven su vida como ellos, en cuanto a mi... solo yo fui una excepción.

El motivo de aquello, de lo que preocupo a mi nación y a mi familia es simple, una maldición, una maldición rota en todo el mundo mágico y para todas las criaturas que habitan en él, una maldición ignorada. Mi situación.

Hace mucho tiempo, al ser "nosotros" puestos en el mundo como primeros seres infinitos y de grandes conocimientos, se nos encomendó la prosperidad del mundo y para que el mundo prosperara se nos puso una maldición, la humanidad, solo que no nacieron en un buen tiempo, la mejor época para nosotros.

La maldición decía así: "No podrán nacer dos seres iguales del mismo vientre al mismo tiempo". La explicación fue vaga y por eso la confusión, hasta que nació el primer humano, hijo de un elfo y una elfa, hijo de dos reyes y aun así algo completamente ajeno a nuestro mundo, sin orejas y sin la extremada belleza o los increíbles dones que nos caracterizaban.

El segundo en nacer fue la hija de dos trolls, la misma criatura sin los cayos y la fiereza de sus padres, escuálido y de piel oscura.

De esa manera fue sucediendo, mientras que adquirieron el nombre de "humanos" y fueron aumentando ya que nacían automáticamente en pares y se procrearon como cucarachas, como hoy en día, creyendo ser la cima de una cadena alimenticia prácticamente inexistente por esas épocas.

Si dos bebes están en el mismo estomago entonces simplemente uno nace mítico y el otro humano, mi caso, la hija mayor de dos reyes, la primera humana de la realeza después del inicio, una humana que no fue enviada al mundo de los humanos sino que fue conservada en el mundo de la magia, de las hadas, un mundo en donde hay veces en las que nacen humanos como yo y no se les da el lujo que se dio mi madre al mantenerme con vida en su mundo, de ahí nació la discordia en mi nación y me imagino que es por eso el absurdo glamour que llevo en el cuerpo.

- Su majestad, princesa Aglae.

Tiraron mi cabello hacia atrás y solté una pequeña queja de dolor. Me obligue a mantener mi mirada fija en el espejo al ver a la dríada que peinaba mi cabello en un ridículo moño, cabello de color oro como el de mi hermana y unos preciosos ojos verdes, pues, eso simplemente no era míos, claro, además de las orejas puntiagudas y la perfección que se realizaba.

- ¿Que desea conserje Flamel? – pregunte con calma girando a ver a un duende, “al duende” como le gustaba hacerse llamar, situado a mi derecha.

- Como le repetía a su majestad, esta noche es importante así que debe de memorizarse los nombres de sus invitados, no solo eso, si se equivoca al llamar a un príncipe o princesa provocará la ira de las otras cortes y podría ser el tan anhelado motivo por el cual la guerra empiece. ¿Me está escuchando?

- Lo estoy – seguí mirando mi reflejo molesta, como si se me permitiese permanecer hablando en esa reunión.

- Bien entonces, comencemos de nuevo. El rey de la Corte de Invierno se llama Edelweiss Frio y la reina es Breena Frio, tiene solo dos hijos, el mayor y futuro soberano de la Corte de Invierno se llama...

El resto de la tarde, aproximadamente las dos horas en las que las ninfas y dríadas confeccionaban directamente un vestido en mi cuerpo, pegando y cosiendo flores y hojas veraniegas para después pintar con dorado en las partes desnudas de mi piel, pues, el día pasó.

El peinado estaba listo, mi vestido estaba listo y muy a pesar de las caras que ponía Flamel, también mis lecciones estaban listas. Hoy, la noche central de cambio de cetro, una noche de verano, era el cambio de estaciones.

La primavera había terminado y mañana el verano empezaría. En conmemoración de aquello se organizaba una pequeña fiesta, aunque en teoría no era pequeña. Se invitaban a las demás cortes, se afianzaban lazos, se hablaba de política y hoy en particular, faltando solo cuatro días para mi cumpleaños, y el cumpleaños de mí hermana, nuestros dieciocho años, se organizaba un evento de lo más esperado, entonces nosotras podríamos asistir por primera vez al cambio de cetro, todo un honor.

El atardecer fue esplendido, dio matices de naranjas y rojos en el cielo sucumbiendo ante los adornos del jardín real, un lugar en donde el agua parecía plata y en donde todo, tenía colores cálidos.

Los seres del bosque, los personajes de los principales clanes habían sido invitados y por orden del rey, estaban prohibidas las peleas en esta noche

peculiar, él quería que fuese perfecto para sus hijas.

Coloque mis manos delante mío y baje el mentón una vez ingrese al gran salón. Los tacos resonaron en la gran habitación y todas las cabezas que en su mayoría consistían en consejeros del rey, se levantaron a observarme y luego volvieron a lo suyo ignorándome.

Mi padre y mi madre sonrieron inconscientes de la situación en la que me veía siempre o simplemente ignorándolo a propósito.

Calladamente me situé a la derecha de la reina aun con la mirada en el suelo tratando de mantener mi postura, esa era mi rutina.

Desde que tengo conciencia al ser la favorecida por la reina, por ser humana y permitirme vivir en el mundo mágico, casi todos me odian, me ven fríamente, como si fuera un monstruo o inclusive inexistente, algo de menor importancia, como si no les sorprendiese que desapareciera de repente para huir, como si no les diese el más mínimo interés.

Las puertas se volvieron a abrir y los tacos volvieron a sonar. Todo el mundo volvió a guardar silencio o al menos antes de ver a mi hermana, diferente a mí pero parecida a mí.

Summer Amber D. Soliere. Mi hermana menor por diecinueve segundos y la persona que nació como debía de ser, completamente elfo.

Summer tenía el cabello finamente trenzado y suelto de tal manera en que cayese detrás de su espalda, un rubio oro. Unos ojos verdes esmeraldas, parecido a mi glamour, solo que lo de ella no era una ilusión. Summer era alta, me sacaba media cabeza y sus piernas eran realmente tan largas que le daban un aire de cazadora, de guerrera. Ella con su postura elegante y amazónica era preciosa y por ende, por ser la hermana mayor "elfo", sería la próxima reina de la Corte de Verano. Muy aparte, ella era la favorita de todo el mundo, no solo de las cortes sino también, del pueblo.

Ella inclino la cabeza ante sus reyes y después se situó alado de mi padre. Ellos ya tenían una excusa por presentar a dos hijas en lugar de una en el baile de la Corte de Verano.

Mis padres se movieron caminando elegantemente entre sus consejeros, era la hora y tanto Summer como yo nos colocamos detrás suyo para seguirlos a la fiesta.

Bueno, la primera vez mama había comentado que sería precioso y no se equivocado en lo absoluto, mi vestido no parecía tan exagerado como la de la reina de la Corte de Otoño quien tenía más piel que tela. Por otra parte la reina de la Corte de Invierno fue la que más me sorprendió,

vestía todo de blanco y tenía una belleza hecha en piedra, perfecta, fue lo único que se me ocurrió para describirla.

- ¿No te parece increíble? – me pregunto Summer y yo asentí con la cabeza.
- Me doy cuenta de lo diferentes que son las cortes – afirmo y ella sonrió – también, algún día tendrás que lidiar con esto – levante las manos señalándole lo que teníamos delante de nosotras con las palmas al cielo de manera educada, extraños y altas castas nos observaban.
- Es emocionante. Cuando sea reina, yo... - se quedó callada viéndome y después sonrió con tristeza – bueno, tu deberías de ser reina.
- No, no poseo esas cualidades.
- ¿Cualidades? ¿Cuáles son exactamente?
- Belleza, carisma, pasión, autoridad.
- Tu eres capaz de juzgar a las personas, Lae, creo que eso también es necesario.
- No lo es, es necesario conocerlas. Además. Al ser tu primera fiesta real, necesitas encontrar a candidatos a futura pareja real, un consorte.
- Consorte – bufó - como si fuese difícil.
- Pienso que es difícil, en peculiar me gustaría resaltar a lord Bastián, capitán de la Espada Roja.
- Solo lo dices porque me gusta Bastián.
- Lo digo porque sería un buen rey. El rey que busca nuestra corte, un rey que aceptarían y acepto.
- Oh, reina Breena, buenas noches – saludo mi madre delante de nosotras y aquello llamo nuestra atención.
- Buenas noches – correspondió ella sin sonreír.
- No veo a su hijo, mi reina, ¿escapando de nuevo?
- Esta con su padre, hablando de... negocios. El mundo humano es un asco últimamente.
- Lo comprendemos, mi corte está preocupada de lo territoriales que son.
- Y no debería ser así – completo la reina Breena – si me disculpa, la noche aun es joven – se dio media vuelta y se marchó.
- Deben de tener cuidado con la Corte de Invierno – hablo madre – no es que sean malos, solo son diferentes al mostrar lo que sienten y como vieron, el verano y el invierno no se llevan muy bien.

Particularmente yo no había visto nada, absolutamente nada. Summer decía que el aura que rodeaba a madre como a padre era de color naranja y que cuando entraba en contacto con las fronteras de nuestro reino con el mundo natural solía afectar a todo alrededor, imagino que será ese “muy caliente” al que yo estaba acostumbrada estando en su presencia, al igual que imagino que ser una inútil era peculiarmente un problema.

Por el resto de la noche me mantuve en mi asiento, alejado de las demás cortes, mientras que mi hermana era presentada como futura reina, juzgando como yo lo hacía había decidido advertirle que se mantuviera alejada de las espadas azules, ya que lucían en particular, con malas

intenciones. Yo al menos, se lo atribuía al vino de hadas. Un poco de ello basta para poner patas arriba a un humano.

Cuando la noche terminó y la ceremonia, concluyó con algo tan simple como la entrega del cetro, uno de cuatro tallos entrelazados y cuatro piedras hechas uno, coronándolo, subí a dormir.

No le tuve mucho cariño al vestido, al final termine rompiéndolo a medida como perdía la magia y desaparecía el glamour de mi cuerpo.

Mi largo cabello castaño callo por mi espalda al desatar el moño y el asombroso color de mis ojos asomo en lugar de los verdes, un naranja con aros alrededor de tono ámbar. Mi rostro recupero su forma, con muchos menos pómulos, nariz y quijada afilada, adquiriendo tonos suaves sin dejar de ser bonitos.

Mi cuerpo dejo de ser tan ridículamente delgado y fino como el de mi hermana y adquirió las curvas que naturalmente tenían sin ser exageradas. Yo clasificaba en casi si y casi no.

Me quite el maquillaje y los polvos que hacían brillar mi piel, me coloque mi pijama de ceda y me metí a dormir mientras que otros celebrarían aun hasta mañana en la noche, oh, ellos amaban tener el poder, no, ellos amaban fingir tener el poder, odiaba eso.

A la mañana siguiente todo el asunto de despertar a los espadas rojos y otros ciudadanos fue un dilema, claro, no es que fuese algo especial.

El desayuno fue tranquilo, como de costumbre con mis padres, mi hermana y mi hermano en la misma mesa, tocando temas banales y nada complicados, al menos, hasta el tonto comentario de mi hermano.

- ¿La princesa Anjana vino?

No, pues la princesa Anjana, la heredera de la corte de primavera aun no tenía edad para asistir al cambio de cetro y él lo sabía y una pregunta así era solo por saber un poco de cómo había sido la noche anterior.

Kalay Iair D. Soliere era nuestro hermano menor con la misma cabellera rubia de nuestros padres, con los mismo ojos verdes y con la belleza que todo príncipe posee, claro que aunque se comportaba de manera madura no era más que un chico de quince años, quien inevitablemente pensaba que debía de protegerme, él era del tipo de persona muy fácil de romper, por eso mismo, nadie se había atrevido a traicionarlo.

- Sabes que no tiene edad para asistir – le dijo madre.
- Bien, le gane la apuesta – sonrió él.
- Por cierto, han visto al príncipe de la Corte de Invierno, solo se limitó a

aparecer una vez frente a ustedes pero...

- ¿Pero? – pregunto mi padre.
- Era guapo – ella se encogió de hombros – diferente.
- Es bueno que se lleven bien pero sabes que una relación así está prohibida, él es heredero de su nación y tú eres de la tuya Summer – se quejó mi madre.
- Lae, hermana, ¿me acompañaras a ver a Primor? – pregunto Kalay por lo que asentí con la cabeza.
- También tienes que considerar el hecho de que es hora de que busques a tu futuro marido Summer – siguió mi padre.
- Gracias por el desayuno – sonreí y me fui conducida por mi hermano.
- Un príncipe que posea tierras sería ideal.
- Pero sabes que no te forzaremos a nada.

Afuera del comedor había una evidente escasez, los muros y las patrullas que normalmente rodeaban por ahí vigilándonos, en una ausencia completa. Mi hermano que había decidido tomarme de la mano y dejar que su calidez se extendiera por mi cuerpo y la espera de visitar de nuevo a nuestra mascota, me condujo.

En su mayoría las charlas que tenían mis padres con Summer eran problemáticas por lo que no me gustaba participar de ellas y Kalay sabía eso por lo que siempre me sacaba de esos problemas sin siquiera insinuárselo, él, un hermano que me conocía tan bien que me asustaba pero yo era feliz, yo sabía cómo era sentirse querida.

Entonces llegamos a ver nuestro gran bosque, entonces encontramos a dos chicas, dos hijas de condes que habían quedado rezagadas del día de ayer, entonces escuchamos lo que no podían decirme a la cara, entonces tuvimos un problema.

- No puedo creer que ella haya estado sentada a un lado sin hacer nada.
- Sus padres se la pasaron presentando a la princesa Summer.
- No es bueno tener una princesa humana, ni siquiera es bueno tener un humano en nuestra tierra. Entonces ¿Por qué?
- No es justo que la reina solo sea una excepción.
- No debería de romper años de tradición por...
- La princesa inútil.
- Basta – apareció suavemente Kalay acercándose a ellas.

De inmediato agacharon la mirada, nerviosas, desconcertadas y temblando un segundo después, ya que, nuevamente ellas eran capaces de presenciar algo que yo no veía, la furia de mi hermano en esencia, supongo que era bien conocido por no poder aguantar su temperamento por mucha madurez que fingiese. Oía hablar de aquello muy a menudo.

- ¿Quién les permite hablar así de una princesa? – pregunto autoritario.
- Lo sentimos, su majestad – se disculparon ellas.

- Calabozo, ahora – rugió y de inmediato ellas cayeron al suelo de rodillas implorando perdón. Nada era peor que el calabozo, vamos, ni yo siendo humana me acercaba a esa zona.

- Suficiente – aparecí alado de mi hermano caminando con cautela y en mi típica pose, con mis manos en mi vientre enlazadas y la postura recta – déjalas Kalay – él giro molesto hacia mí.

- Si las dejas libres seguirán hablando mal de ti.

- ¿Y? ¿Quién no habla mal de mí? – pregunte y baje la mirada a ver a las dos muchachas quienes evitaron mi mirada, como si yo no estuviese presente.

- ¡Lárguense! – susurro con fuerza el gran príncipe y ellas se levantaron – pero recuerden que esta “princesa inútil”, acaba de librarlas de su castigo.

- Gracias su majestad – se inclinaron ellas nuevamente ignorándome.

- No me agradezcan a mi – Kalay cerro los puños.

- Gracias princesa – repitieron su saludo hacia mí pero era evidente, años en los que me habían visto con esos ojos sin expresión regresaron clavándose como agujas, miradas de pescado.

Las vi marcharse y deje escapar un suspiro. Yo no necesitaba calmarme porque ya no me afectaba aquello o al menos eso seguía repitiéndome.

Kalay apretó los puños con fuerza y se giró nuevamente hacia mí después de asegurarse que no hubiese nadie más en el lugar. Mi hermano que a pesar de mostrar una expresión furiosa traslucía dolor. Quizá yo no pudiese ver el aura de los elfos poderosos pero al menos podía ver la ventana a sus sentimientos, sus ojos, eso era algo que no se podía ocultar.

Odiaba que Kalay se diese cuenta de lo que realmente sucedía en palacio, de que no fuese tan ingenuo como antes y de que aun así, aun sabiendo cómo me trataban, quisiera atesorarme. Amaba ese Kalay, ese hermano menor que me contaba todo y me confiaba mucho más.

- ¿Por qué dejas que te traten así?

- De que otra manera podrían tratarme, ellos no solo odian romper la tradición sino también odian a los humanos y tienen motivos para hacerlo.

- No debería de ser así, deberían de aceptarte, darse cuenta de lo increíble que eres Lae. Yo... no puedo hacer mucho por ti, pero, te prometo, lo intentare...

- Con eso me basta – coloque mis manos en sus mejillas sonriendo – me basta que mi familia me quiera, me basta que sean mi fuerza.

- Perdóname – me abraso. Kalay era alto, tenía mi tamaño y estaba segura de que sería tan alto como nuestro padre, era reconfortante – te quiero Aglae.

- Te quiero Kalay.

- ¡Un humano! ¡Hay un humano en tierra de hadas!

Me separe abruptamente de mi hermano y me quede viéndolo al mismo tiempo en lo que él parpadeaba a darle sentido a aquellas palabras.

Un humano en tierra de hadas significaba una cosa, haber pasado los escudos de glamour y la pared de dríadas; significaba que estaban cada vez más cerca y significaba que estaban invadiendo nuestro territorio. Por consiguiente eso significaba "guerra".

Cuando me di cuenta de que corríamos hacia la frontera, el único lugar posible por el cual un humano podría entrar, razoné de qué no éramos los únicos.

Brownies, hadas, dríadas, kelpies, ogros, selkies, gnomos y nomos rodeaban la entrada de dos árboles nuevos, por eso, el lugar más débil y menos protegido.

Nos abrieron paso, mi hermana ya estaba ahí y estaba segura de que mis padres llegarían pronto.

Al inicio no creí lo que vi, aquello era un humano, tan parecido a mi sin las orejas punta pero con el vello facial como el de los nomos, surcos en sus ojos como el hechicero de nuestra corte, manos rasposas, alto y de unos ojos curiosos, unos ojos que me veían.

- ¿Cómo llegaste aquí? – me pregunto.

- Es el glamour, solo puede verte a ti – explico mi hermana en un susurro.

- ¿Cómo lograste entrar en esta tierra?

- ¿A qué te refieres? – replique y dejo escapar una risa amarga.

- Genial, invasora, esta tierra pronto será del senador Michaels - se irguió a toda su talla y me observo desafiante - No tienes permitido estar aquí.

- Usted no tiene permitido estar aquí – aclare.

- Y, ¿qué ropa más ridícula estás usando? - escupió.

- ¿Con que propósito has venido hasta aquí? – pregunte ignorando su comentario y curiosa por la maleta que tenía en la espalda y la pequeña daga que escondía en el cinturón. Lucia como un explorador.

- Cuestiones de trabajo que una chiquilla como tú no entendería.

- ¿Solo?

- Me separe de mi esposa hace... ¿Por qué estoy respondiéndote? ¿Cómo llegaste aquí?

- Vivo aquí – fruncí el ceño.

- Pues, no deberías, este bosque pronto será subastado y se volverá propiedad privada – suspiro viéndome molesto.

- Es increíble que ya no sea un patrimonio, aunque no esperaba mucho de los humanos – apareció el hechicero Sanz batiendo su fina capa purpura y

dejando que los dedos huesudos se confundieran con las ramas de su bastón, un elfo que había envejecido, el único en la Corte de Verano.

- ¿Tú que piensas Aglae? – me pregunto mi hermana y no despegue mis ojos del hombre, triste.

- No es una buena persona, tampoco es mala, simplemente busca lo mejor para los suyos, sacrifica un montón, hasta lo que no le pertenece – desde su ropa, sus rasgos cansados y cosas tan banales como ese reloj de oro en la muñeca a pesar de la suciedad. *Él era un trabajador pero era un egocéntrico, de los que piensan que nunca tendrán suficiente.*

- ¿De qué diablos hablas niña? – pregunto acercándose pero fue detenido por dos elfos, dos espadas rojas – espera, ¿qué diablos pasa?

- Silencio humano – hablo uno y entonces él parpadeo, pego un grito al reconocer a todos los demás que lo veían y se desmayó.

- Que ser tan débil – comenzaron a murmurar.

- Que mal momento para que un humano se cuele a la tierra mágica – apareció mi madre seguida de mi padre.

- Después de que la invitación a los candidatos a rey fuesen enviadas.

- ¿Candidatos? – repitió mi hermana y me reí, ya esperaba algo como eso.

- Iré a leer un poco.

Me retire, jamás realmente con la misma importancia que ella pero claramente querida. Si era obvio que había crecido en un entorno en el que no me faltaba nada entonces por que seguía deseando más, porque buscaba algo, alguna cosa que me librara de aquella maldición. No lo sé, quizá sea inevitable al no encajar. Eso era yo, una pieza extra...

Capítulo 2

CAPITULO 2. Día de la Cosecha.

Un goteo, un pequeño sonido que ha de seguro era fácil de percibir siendo un elfo, ellos presenciaban las cosas de diferentes maneras pero no para mi quien solo después de la adrenalina lograba aquellas hazañas.

El calabozo, los calabozos, una pesadilla en carne para cualquiera, si, era desagradable pero no por el hecho de el olor a carne quemada, a orina o sudor agrio. Quizá fuese un poco el olor a la sangre, ese metálico salado o quizá fuese el hedor del encierro. El calabozo era el peor lugar en la Corte de Verano, destinado a los traidores, a las mujeres u hombres que decidían intimar con los humanos al contarles nuestro secreto, el secreto de nuestra existencia, a los atacantes de la corona y en el peor de los casos, aquel que mataba por placer, que no era tan raro.

El calabozo, el peor lugar en los reinos no por las torturas que pasabas ahí, sino por, el hierro, si, aquello que era capaz de enfermar y matar a las criaturas mágicas. Su espada.

Claro que, al ser una humana no me afecta, como al humano frente a mí. Con la espalda sudorosa pegada a la pared, con las muñecas encadenadas, en aquel sucio lugar.

Aun me parecía extraño las runas que protegían a las criaturas mágicas del hierro, criaturas que no posean "colgantes", claro que, eran difíciles de hacer y duraban muy poco tiempo, casi veinte minutos mientras que el máximo tiempo que vivían los prisioneros aquí abajo era una semana a lo mucho. Era curioso ver a un cansado hombre sin la piel abriéndose por el metal, sin los gritos de agonía sino brevemente con el cansancio marcado en el rostro.

- ¿Qué quieres? – gruño. Era un humano y era increíble lo común que lucía en sí, hasta, feo, si ese era el término.
- ¿Realmente cuál es tu propósito? – pregunte curiosa. Ya había sido interrogado por lo que no había mucha diferencia en que lo supiera yo.
- ¿Por qué les preocupa? De todas maneras, que son esas cosas, al menos tu pareces humana – cerré los ojos.
- Porque esta tierra no se puede vender, porque esta tierra le pertenece al rey Magnus D. Soliere, conquistador de...
- Si, ustedes raros hablando de reyes y reinos.
- Tu castigo no será grave. Debes de estar agradecido – me puse derecha.

- ¿Me dejaran ir?
- Si – *y le borrarían la memoria, manipularían su voluntad y le darían el poder de manipular a los otros humanos con solo la voz de ese hombre*

como intermediaria – nunca vuelvas, humano.

Al salir de ese lugar los guardias, las espadas negras, seres, no, más exacto, criaturas creadas por el poder de mi padre, con armadura negra y sin voluntad propia, como las sombras de los elfos, se inclinaron reverenciándome, *y al menos ellos hacían eso, ridículo.*

Hoy, luna llena, hoy empezaba la semana de la cosecha, una semana en la que según te contaban las ninfas, todo ser en el mundo podía enamorarse y encontrar a la pareja perfecta.

Los condes y duques de las altas casas habían llegado la noche pasada a palacio y fue peculiarmente caótico, imagino que ya se sentirían como reyes dando órdenes, pero lo que en verdad me molestaba era que los sirvientes decidieran obedecerlos.

Mi padre mando a llamar a la hora de la cena, un banquete decorado con pixis que servían los platos más deliciosos moviéndose por la mesa de manera experta. El duque Farón fue tan atrevido como para tomar la mano de la futura heredera a corona. El príncipe de las tierras lejanas de la Corte del Verano, decidió terminarse toda la reserva de vino “afrodita” de mi madre. El pequeño conde Hyme, que apenas llegaba a la talla de mi hermana sin tacos, no dejaba de contar historias, sonriendo de manera forzada, en peculiar, pensé que sería perfecto para el papel de bufón real pero, esas cosas eran de humanos.

- Princesa – apareció Bastián.

Me cogió de la mano y me levanto de la mesa con sumo cuidado, como si lo hiciera a propósito, pero no me imagina exactamente otro motivo que por pedido de mi padre.

Le dirigí una mirada a mi rey y él disimuladamente me guiño un ojo antes de extender una mano dándome permiso a continuar. Asentí como lo debía de hacer una princesa y volví a mirar a Bastián quien al parecer había acaparado toda la atención del lugar.

No dije nada, realmente no me despedí con palabras pero si con una mirada de disculpa a mi hermana. Fui conducida por el pasillo sujetando el brazo del espada roja y al fin llegamos hacia el lugar en donde habíamos encontrado al humano.

Los preparativos terminaban, se notaba en las serpientes dibujadas que corrían por el cuerpo del hombre barbudo y de su mirada ausente.

Apreté la mandíbula, eso podía sucederme a mí, yo debía de ser

cuidadosa, debía de... *Wow, ni siquiera me imaginaba ser realmente así.*

- ¿Está asustada? – me pregunto y asentí con la cabeza.
- Me asusta que pueda sucederme eso – contemplamos como el hombre se retiraba en silencio hacia la oscuridad del bosque.
- No le pasara aquello princesa Aglae.
- Quizá – murmure soltándome de su brazo – gracias por sacarme de esa ridícula cena.
- No debería decir “ridículo” al banquete del rey.
- Si general – hice un saludo con mi mano pero la baje de inmediato al ver a los centinelas, la elite de mi padre, observarme con esos ojos huecos – me retiro, es todo por hoy.

Con todo lo digna que pude ser emprendí retirada, busque mi habitación, me escondí ignorando las miradas de sospecha y busque un libro, uno humano, que gracias a Bastián, podía leer. En ellos contaban historias de amor, historias de tragedia, historias reales e historias de cómo iban las cosas en la actualidad, el mundo humano me daba miedo pero me hacía sentir curiosa, ¿qué se sentiría vivir ahí? Sería capaz de ser la pieza restante que encajaba en ese lugar, un rompecabezas gigante.

Eran las dos de la madrugada, estaba muy silencioso así que decidí levantarme. Era extraño no escuchar los pasos de los guardias al patrullar y estaba siendo ridícula al asustarme de aquello pero lo cierto era que desde que habían llegado los candidatos, simplemente, los espadas rojas habían ido escaseando y la guardia se había vuelto floja por eso, me pareció preocupante que no hubiesen dos centinelas cuidando las puertas de mi habitación para evitar que yo salga pero no me detuve a pensar en eso cuando salí.

Camine descalza para no hacer ruido y busque la habitación de mis hermanos, ellos estaban bien; dormidos y ajenos a los problemas de palacio. Busque a los guardias y francamente los encontré, unos dos a lo lejos, afuera del palacio y unos dos más custodiando el salón del cetro.

Encontré el salón de estrategias de mi padre en donde una pequeña llama estaba encendida, en donde habían dos hombres, ambos con túnica larga y oscura, con voces gruesas y rasposas, imposibles de identificar, yo no conocía realmente a nadie y me pareció extraño que estuviese en medio de una reunión, sin mi padre presente.

- Día central de la cosecha – murmuro uno de ellos.
- Los preparativos están listos.
- La princesa deberá de escoger un rey más pronto de lo previsto.
- ¿Qué hay de la princesa humana? – trague en seco y apreté mis puños en mi pijama para contener el temblor de mi cuerpo y acallar el martilleo constantemente fuerte de mi corazón.
- Ya veremos, hay cosas que se resuelven solas.

- Solo se necesita un empujón.

Retrocedí un paso temblando, retrocedí otro más aguantando un jadeo y retrocedí lo suficiente como para tranquilizarme a mí misma, no me descubrirían y por lo contrario yo los había descubierto, claro que no dijeron nada en concreto salvo que las cosas se resolverían solas. En mi mente entro la torpe idea de una conspiración pero nada aseguraba aquella idea, y al hablar de mí, claro, como si no todos en el palacio lo hicieran a escondidas, deseché un montón de ideas más.

Al día siguiente todo parecía seguir igual, claro que con la excepción de que el duque Jaccen no dejaba de observarme, no me di cuenta hasta que estuve practicando con el arco y por accidente, o por culpa de alguno de aquellos candidatos, tropecé en el dobladillo del vestido y caí al suelo enviando a volar la flecha a un árbol, desapareció rápidamente así como mi dignidad.

Fue ahí cuando levante la cabeza y me di cuenta de que aquel duque, con sus cabellos platas y de ojos parecidos a su cabello, me observaba, no con burla como los recién llegados, no como los criados y siervos del rey que tenían la mirada hueca, que evitaban en su mayoría dirigirse hacia mí, no como los que tuvieron en su familia nacidos humanos y habían sido echados de nuestro mundo, aunque no era mi mirada que juzgaba o una mirada llena de rencor y por supuesto, de aquellas personas que creían que con sus falsas sonrisas ganarían algunos favores del rey o de mis hermanos al tratarme bien.

Yó no importaba en el mundo mágico y sin embargo aquel duque me observaba fijamente, no con repulsión, cólera o con una mirada hueca, sino con meramente curiosidad.

Baje la mirada, me levante del suelo y desde entonces me di cuenta de que siempre estaba observándome, eso era absurdo.

El día central de la cosecha se llevaría a cabo dentro de unos dos días y al parecer con lo problemático que era la preparación yo había olvidado aquella discusión nocturna, lo bueno es que no sucedió nada que predijera malas noticias, ni de parte de "el gran vidente", ni de parte de las hadas. Todo iba bien.

- Entonces se dará un pequeño recorrido por nuestro pueblo, Summer dirigirá y detrás de ella irán los candidatos. El día de la cosecha será un día de fiesta en donde se eliminara al primer candidato de los veinte en palacio – informo mi padre.

- Todos quieren ver el romance de la futura reina con el futuro rey consorte.

- Es una buena manera de mantener tranquilo al pueblo – confirmo mi padre.

- ¿Recuerdas cómo fue nuestro encuentro? – pregunto mi madre y mi padre se ruborizo.
- Fue la única vez en que el rey pasó vergüenza.
- De lo tierno que fuiste – completo mi madre.
- No sabemos de esa historia – hablo mi hermana.
- ¿Qué hiciste padre? – pregunto Kalay.
- Su padre cayó del caballo – informo mi madre.
- Pues no es la gran cosa, yo me caigo constantemente de mis caballos.
- Solo porque les tienes miedo Kalay – se burló Summer.
- Bien, la historia es que su padre cayó de su caballo, solo que no simplemente cayó, no chilló, se levantó todo digno apoyando sus manos en las ramas con confianza hasta que se dio cuenta de que...
- Basta Náyade – intervino mi padre aún más rojo de la vergüenza.
- Habla ya, madre.
- Bien. Tenía a la dríada más hermosa del reino recostada hacia abajo y una de sus manos aplastando la parte delantera de...
- De Yanena – complete en un susurro y todos estallaron en risas incluyéndome, pues no podía ser de otra manera.

Yanena es cierto que era la dríada más hermosa de la corte pero es que también era la más renegona, la más burlona, la que fácilmente uno odiaría y respetaría, ella tenía esa combinación de elegancia y maldad pura, ahora veía que quizá el motivo sea por culpa de mi padre.

No reprimí mis risas.

- Hay cosas más importantes de las que hablar – se quejó mi padre y nos obligamos a mantener silencio.
- ¿De qué se trata? – pregunto Kalay.
- Es sobre Grainé – me observo y soltó una triste sonrisa – el día central de la cosecha ustedes mis dos hijas cumplirán dieciocho años, la primavera de su juventud y sé que siempre hablamos de Summer omitiendo a Grainé.
- Yo estoy bien padre – hable.
- Lo sabemos, pero también sabemos cómo eres tratada Aglae – respiró profundo – por eso tu madre y yo hemos tomado una dolorosa decisión. Te regalaremos el poder de la “elección” – me quede callada digiriendo sus palabras a la espera de que explicase. Mi padre no pudo continuar y mi madre lo consoló, ambos me observaron.
- Sabemos que te interesa el mundo humano, por eso enviamos a alguien y los preparativos estarán listos pronto. Tendrás una casa, tendrás dinero humano y alguien de confianza, alguien quien te enseñara como vivir ahí. Londres, es ahí en donde pensamos que te gustaría, solo basta con que elijas si quedarte o irte.
- Yo...
- No tomes la decisión rápidamente, puedes decírnosla el día central de la cosecha.

- Gracias – pronuncie y me levante de la mesa.

Más tarde estaba pensando en las posibilidades que acaban de darme mis padres, no a todos se les permitía elegir, no a todos siquiera se les permitía pensar en aquello pero yo estaba confundida. Vivir en un mundo en el que no desencajaría, vivir sin tener que aguantar esas malas miradas y vivir libremente, aun si eso significaba alejarme de todo lo que más quería. Supongo que entonces no sería vida.

Por otra parte la organización estaba lista. Mañana sería un desfile durante todo el día esperando a que el día termine y justo a media noche caería la magia en la Corte de Verano, la luz del sol bañaría nuestras tierras y durante todo ese día, es decir, pasado mañana, mi cumpleaños, las criaturas recibirían su energía mágica, energía que viene de la tierra y la imaginación humana. Un año más.

Aquella noche después de meterme a mi cama, después de entender que mi cerebro era un caos soñé, algo que desde el día en que había nacido, no pasaba, nunca.

Había una pequeña llave con tres agujeros a lo largo, bajando hacia la parte central de una mariposa, como si las alas se extendieran y se fundieran con el metal. Una llave de color oro y una cerradura de color plata con grabados antiguos.

Había un delicioso olor, olor a vida primaveral del otro lado del cerrojo, soltando suaves esencias que se filtraban por algún lugar de la oscuridad. Un olor muy parecido a cuando entierras a alguien, con flores que reclaman su cuerpo a la tierra.

Había unas manos tocando un instrumento humano, un piano, si mal recuerdo, con pedacitos de piezas blancas y negras colocados en orden soltando notas suaves y tristes. Unas manos desgarradoramente bellas, con unos pequeños lazos que la recorrían de color plata dibujados en su piel, como si solo aparece ante la luz lunar.

Estaba corriendo entre el eco de mis propios pasos hasta llegar a un suelo mojado, uno que olía levemente a metal, uno que sin darme cuenta fue adquiriendo color. Me hallaba corriendo en sangre.

Me detuve respirando agitadamente. Revise mi alrededor y todo estaba congelado a excepción del charco de sangre en el que me encontraba. Yo no sangraba pero no estaba lejos de ello.

De alguna parte de mi cuerpo, quizá fuese de mi ropa, la sangre continuaba goteando manchando un vestido color marfil. Me mordí el labio y me di cuenta de que estaba temblando aun buscando a quien pertenecía la sangre pero no había nadie, solo un atardecer repentino de color

naranja rojizo. "Hasta el cielo sangra".

Camine tambaleante saliendo del charco de sangre y resbale contra el hielo.

Aparecieron heridas en mis manos por lo filudo que era el cristal helado. Levante la mirada y las lágrimas corrieron.

"Había huido", pensé, "había escapado" y una manta cubrió mi cuerpo enviándome a la oscuridad.

Nuevamente la llave apareció, la llave y la cerradura. Opuestos y complementarios, necesarios para descubrir lo que escondía la puerta.

Una luz apareció y el cetro de las estaciones.

Aparecieron los cuatro reyes y las cuatro reinas rodeándolo solo que no veían al cetro sino a la persona que ya hacia arrodillada cogiéndola. Una capa suficientemente grande para esconder su cuerpo. Una espada de elfo en el suelo y más sangre. Un juicio y una flor manchada. Mi desesperación.

Francamente soñar se sentía raro. Como si hubieses visto un fragmento de vida, de alguna otra persona, como si fuese posible.

Oh, posibilidades, así como cada vez que es día de la cosecha.

Había un desfile preparado por las dríadas y gnomos que entraron en mi habitación para disfrazarme.

Me bañaron rápidamente, como siempre, pensando que no podría hacerlo yo misma. Rociaron mi piel en aceites aromáticos, peinaron mis largos cabellos castaños y poco a poco fue adquiriendo un color rubio encendido por la magia de los pixis que según entendía, era capaces de mantener el glamor a la mitad del tiempo que un rey, eso ya de por si era mucho y bastaría con los dos días en los que estaría siendo observada, siempre y cuando no cometa la burrada de dejar de creer, por ende, siempre tenía que estar concentrada.

El vestido así como los rasgos en mi cara y cuerpo aparecieron entre chispas que lanzaban las pixis sin cuidado. Las dríadas se dedicaban a trenzar mi cabello y sujetarlo. Las elfas también se vestían, solo que su ropa no era tan delicada como la ceda que me envolvía, sino que la ropa de ellas estaba hecha de escamas de dragón y se iba cosiendo en forma de vestido, para que combinase conmigo. Ellas serian mis guardias.

Al salir de mi habitación el desayuno fue rápido. Al llegar a la formación, a mí que me tocaba después de mis padres que estarían después de los

pretendientes y después de Summer, nos ordenamos y partimos.

La música sonó fuerte y los vítores del pueblo fue atronador, emocionados por sus príncipes, por la selección y la historia de un romance.

Fui consiente de cosas muy vagas a medida que caminábamos; la primera fue capas, las capas negras en la Corte de Verano significaban viajeros, la idea en si no era extraña, pero también significaban otra cosa, luto.

El luto era francamente difícil de conseguir, las criaturas mágicas podían ser asesinadas, claro, esa era una manera muy dolorosa de morir, pero también, las criaturas mágicas morían por la edad. Mis padres habían conseguido vivir 834 años, la vida de un elfo variaba entre 1000 y 1200 años por lo que su vida era larga; sin embargo había una tercera manera en la que las criaturas mágicas morían, la que era una deshonra para la familia del difunto, esa era por un juicio de la tierra, una muerte por maldición.

Si la tierra te veía cometer actos crueles y creía que no valías permanecer con vida, entonces, te mataba, una muerte dolorosa de una semana en la cual la piel se transforma en cenizas y se pudre y lamentablemente, sigues vivo. Realmente nadie había vivido la semana entera ya que por misericordia, los familiares eran los encargados de quitarles la vida.

También existían castigos, el peor en todas las cosas no era la muerte sino, el destierro, transformándote en un inútil, tan inútil como un humano, y si eras en parte bestia, lo único que te otorgaban era un glamour humano. Eso también era una deshonra.

De todas maneras había muchas capas negras. Habían flores que eran tirados hacia mi hermana, pero eso tampoco llamo mi atención, sino los lirios rosas, casi rojos, que fueron tirados hacia mis padres.

- ¿Por qué Liliun? – le pregunto mi madre a mi padre y yo me detuve, inevitablemente todos siguieron mi ejemplo y la marcha se detuvo.

- ¿Aglae?

- Significan alma pura merecedora del cielo – respondí y agache la mirada

- ¿Quién lanzo estas? – hable pero no se me escucho por la bulla del pueblo o porque habían decidido no oírme.

- ¿Qué sucede? – pregunto mi padre.

- Fue un sueño. Un sueño, de liliuns rojos, bañados en sangr...

No termine de hablar cuando el primer grito ascendió, ni siquiera buscándolos con la mirada encontré a quien había reaccionado de esa manera, solo sé que cuando un segundo grito seguido por un tercero resonaron debía de voltear hacia mis padres.

Kalay grito, fue horrible, tenía una herida en el brazo, no me había dado cuenta de cómo se la había hecho, solo ya estaba ahí, pero, él de entre todos no había gritado por él, sino por mis padres, que al darse cuenta de que ambos tenían flechas negras, hechas en la corte oscura, en donde iban sus corazones, cayeron.

Todo el mundo comenzó a gritar y vi el tumulto de capas negras que peleaban contra nuestros guardias en un intento de acercarse.

Summer apareció corriendo, alado de mi hermano quien trataba de detener la sangre de los pechos de nuestros padres. Yo permanecí inmóvil, temblando, lentamente, asociando la escena delante mía con la de mi sueño y maldiciendo a los lilioms ahora completamente rojos.

- Mis, niños – susurro mi padre.
- Esto, es, divertido – rio mi madre antes de botar sangre por la boca – aun siendo, una reina, que fácil es, terminar, con eso...
- Calla madre – pidió Summer.
- Grainé – hablo mi padre y me agache a coger su mano, aun aturdida, esto no parecía real – ve a palacio, revisa tu armario, encontraras ropa, para ti. Y, la daga de Viltis, úsala, si quieres, ir, al mundo humano; solo, tienes que, convencer a Nadzieja. Ve, rápido.
- No, padre – mi voz tembló, *oh cielos, nunca había tenido tanto miedo.*
- Ve, es la última, orden, de, tu rey.
- Te amo Aglae – susurro mi madre aun sosteniendo la mano de mi padre, aun con los ojos cristalinos, aun, viva.
- Te amo Grainé – hablo mi padre y deje ir las lágrimas.
- Los amo – correspondí.
- Nos encargaremos aquí Grainé, vete – hablo Summer y entonces me di cuenta, la cálida sangre en mi mejilla, el desvanecimiento del glamour y mi familia siendo atacada.

Ni siquiera estoy segura de porque comencé a correr, esa no había sido mi intención, pero lo comprendí, mi voluntad no era lo suficientemente fuerte como para oponerse a un rey. Mi voluntad fue destrozada y la distancia recorrida parecía irreal.

Corrí escuchando como Kalay gritaba que me quería, escuche como Summer pedía a los guardias protegerme y entendí que todos los llantos desconsolados eran por mis padres, no por la pobre princesa humana que estaba siendo perseguida.

Capítulo 3

CAPITULO 3. Persecución.

Los zapatos altos, ni los vestidos apretados de ceda, ni la increíble habilidad de cazadores me ayudaban. Corrí rápido y tome un atajo, uno que me dio ventaja sobre los ogros, que aunque eran grandes y asquerosos, eran rápidos y buenos cazando a sus presas, ellos era como los perros humanos, mascotas de los elfos.

En algún lugar decidí romper el vestido y tirar los zapatos, en algún momento mi cabello recobro su tono castaño y por último, corriendo bajo tierra hasta llegar a una entrada subterránea a palacio, mi pies se cubrieron de yagas.

No había nadie adentro, como me lo esperaba, solo unos elfos de elite cubriendo la sala del cetro, pero ese no era mi destino.

Abrí de un empujón la puerta de mi cuarto, busque mi armario escondido y encontré las cosas de las que mi padre hablaba.

Una maleta humana, pero no había tiempo y no tenía fuerzas para llenarla, en cambio, cogí una muda de ropa, unos pantalones sueltos de color negro y un polo de tono caramelo claro, me vestí colocándome por ultimo un saco que me sería necesario al salir de la Corte de Verano.

Encontré la daga de la que me hablo mi padre con un pequeño colgante, una llave y fue tan irreal que fuese la de mi sueño, colocada como un accesorio.

Me la coloque y escondí la daga en una de mis botas de cuero. Olvide el asunto de mi cabello y lo deje enredado. Corrí de mi habitación y salí a tiempo antes de que un ogro quitara mi cabeza de su lugar con un zarpazo.

Seguí corriendo, llore, quizá eso explicaría mi visión nublosa y no me di tiempo de pensar cuando mantuve mi huida. Seguí corriendo.

Salí de palacio y a cambio me gane un profundo corte en el brazo por parte de una espada roja. Maldecí y entendí al instante sus profundas ganas de matarme y llevarse el crédito por ello. Claro, me había reconocido porque él prácticamente vivía en palacio y fue entendible, esto tenía un tiempo planeado.

- Quieta princesa, es mejor hacer las cosas rápidas.
- No – y corrí hacia la derecha entrando al bosque, un laberinto que yo

conocía muy bien, mejor que muchos otros.

Tuve la oportunidad de huir, el castillo estaba sobre una colina, alejada del pueblo por un kilómetro, pero, el castillo daba paso al bosque, un lugar por donde podía ir a otros reinos y si mis clases no me fallaban, yo podría ir hacia un claro hacia unos dos días a pie, y eso sería bueno, si el bosque decidía ayudarme.

Camine unos dos horas, supongo, hasta no aguantar más el dolor del brazo, rompí el polo de color caramelo en el estómago y con ese pedazo de tela amarre la herida. Seguí caminando.

No estoy segura de cuánto tiempo más paso pero el atardecer estaba claro, un temprano atardecer, y sin darme cuenta de los peligros que habían en el bosque me topé con una serpiente, una con aros rojos y un tanto molesta, pero curiosamente, me evadió, así como el oso y también el caballo, que por cuestiones obvias, como, no ser capaz de atraparlo, no lo aproveche.

El atardecer desaparecía poco a poco y comencé a correr de nuevo con fuerzas renovadas, ya no me importaba caminar rápido y sudar mucho, simplemente, por algún extraño motivo, me habían encontrado.

El rastreador, un elfo, una espada roja nada menos, me cazo, riendo y divirtiéndose de mi inutilidad. Yo lo oí, oí sus risas de hiena provenir de entre los árboles, dándome ventaja de seguir corriendo, cansándome, para después tenerme a su merced sin embargo fue increíble que mi motivación para no morir fuese fuerte.

- Ya es hora de que se canse, princesa – rio con una voz suave de terciopelo.
- No – jadee abriéndome paso entre los árboles que se hacían más delgados, solo tenía que seguir avanzando.
- Su hermana está muy preocupada por usted – me mordí el labio y provee mi sangre, ni siquiera quería recordar que había sucedido – y su hermano está llorando por su muerte.

Apareció delante de mí y retrocedí cayendo hacia atrás. Era Valentine, nada más y nada menos que el jefe del escuadrón que protegía al palacio de ataques exteriores, mayormente ubicados en las fronteras a un gran área de donde vivíamos, pero, de alguna manera, me lo esperaba.

Valentine era alto, de cabellos castaños y de los pocos elfos que lucían barba, con la piel aceitunada, guapo, como todos ellos, pero terrible. Valentín que siempre portaba su uniforme, rodeado de plata en el pecho y las piernas, usando ese casco puntiagudo y dejando que los pocos hilos de la cola de unicornio que colgada del protector de la cabeza se combinaran con los suyos, largos entre plata y castaño. Valentine, quien siempre me

había observado como una presa, como esas que se rumoreaba, iba a cazar cuando no estaba de servicio, él era, un ser que amaba la sangre y le encantaba oír pedir piedad, rumores que por supuesto, yo creía. Sus ojos eran negros posos de tortura, de enferma malicia, de egoísmo y avaricia. Nunca había confiado en él.

- Veamos – se acercó un paso y me cogió del cabello levantándome para obsérvame mejor. Gemí del dolor y me aferre a su mano para que parase – la princesa humana estaba herida, un corte en el brazo – sacudió mi cabeza y volví a gritar – tenía claros síntomas de deshidratación. Pero, oh, mi reina Summer, eso no la mato – sonrió con malicia sacando una espada negra, espada de la corte oscura – lo que la mato definitivamente fue un elfo oscuro, un carroñero, un renegado – y la espada que tenía dientes mal hechos, como el vidrio roto, me atravesó el estómago quitándome de golpe todo el aire que tenía.

- Por, favor – implore, molesta porque una princesa jamás imploraba, una princesa ordenaba, una...

- Tenía un corte en el estómago, tenía un corte en la pierna – saco la espada y me la paso por la pierna, *divertido* – y, la humana, siguió corriendo hasta desvanecerse para siempre. Ahora, corre princesa, que no aguantaras ni diez minutos más – soltó mi cabello y me desparrame en el suelo, aun gimiendo, aun implorando, aun, viva.

Sabía que él quería que yo huyera, pues no iba a llegar lejos, así como dijo, pero comprendí una cosa, y por lo que tenía entendido, un corte de una espada negra en las criaturas mágicas, aun mayor en los elfos, era mortal pues el veneno avanzaba perfectamente y te paralizaba para después mostrarte diferentes tipos de muertes en cuestión de minutos. Pero, nunca se había empleado en un humano, y yo era humana, y podía moverme, más que nada porque el veneno adormecía mis músculos y quitaba el dolor, como si en verdad no estuviese herida así que avance.

Al inicio pareció un juego de niños pero imagino que habría sido por la sangre, me encontraba cayendo, rápidamente, tuve que apoyarme en los árboles y seguir avanzando, fue la peor experiencia de mi vida.

Los ojos comenzaron a nublárseme y me di cuenta de la enorme cantidad de sangre que me faltaba pues marcaba el camino por donde yo venía. Me dio consiente y medio irreal seguí avanzando hasta que caí por cuarta vez y me costó mucho más levantarme. Gemí por la pesadez de mis músculos y a duras penas me puse de pie, molesta.

Bien si no sentía dolor, ahora tampoco sentía nada, pero no pensaba y eso fue bueno, no quería pensar, no hasta que caí por quinta y última vez.

No estoy segura si mi pie resbalo o si di un paso al aire, solo sabía que al rato las ramas, rocas y otras cosas que había visto en un borrón arañaban

mi piel, sacaban más sangre de mi mal hecho cuerpo hasta que en medio de mi caída, a un barranco oscuro, me desvanecí.

Capítulo 4

CAPITULO 4. Ojos azules.

En teoría, una caída de unos catorce metros como mínimo había tenido que matarme, pero no, imagino que las grandes hojas de los árboles y esas largas ramas tenían que ver con mi repentina supervivencia.

Yo era egoísta, pues, en algún momento después de despertarme había deseado locamente morir, pero después de pensarlo, estaba agradecida, por no morir con la fragilidad que se manejaban los humanos, pues yo...

No sentía mucho y lo poco que percibía era oscuridad y las estrellas además de la fría tierra, eso me hizo darme cuenta de otra cosa, allá arriba todo era verde y color en su esplendor mientras que aquí abajo, al inicio de otro bosque, todo era blanco, tanto blanco que creí que estaba en el cielo, del que tanto hablaban los humanos. Eso me dio que pensar y yo no quería hacerlo. No era tierra sino nieve.

Mi padre, el gran rey de la Corte de Verano, había muerto, junto a su reina. Mi hermana, Summer, tendría que elegir un marido de categoría alta que no amaba para gobernar nuestro pueblo y mi hermano Kalay sería enviado o bien al frente de las tropas a su entrenamiento como todo buen príncipe, o sería comprometido con alguna otra buena princesa para gobernar un reino dentro de las fronteras de otra corte, pero por sobre todo, nuevamente, la muerte de mis padres.

El dolor llegó de una parte que realmente no sangraba y me desesperé, dolía y quería morir, nuevamente, mis padres, quienes me habían protegido todo ese tiempo, habían muerto, y yo... estaba viva, en su lugar, no era justo, no debía de terminar así, no para ellos, y quizá, ese fuese mi castigo; el destierro y una fría muerte que nadie podría llorar en una helada manta de nieve.

Me dormí después de haber agotado mis lágrimas y mis fuerzas, ya quería que terminara y fue lo único que desee, realmente, yo...

Mi onceavo cumpleaños, justo cuando era evidente la presentación de las princesas, o príncipes, igual, todos los herederos de las familias que gobernaban las cortes reales, eran presentados y yo, yo no fui presentada.

Mi habitación era grande, amplia, me hacía sentir sola por más que jugara con mi hermano o con mi hermana, era molesto pues ellos no estaban siempre conmigo, sino, ellos no al menos tan a menudo como Pippa, mi

nana y el ser más despreciable que conocía.

Ella me observaba mientras que yo lloraba, tratando de herirme mucho más, pensando que de aquella manera sería más fácil.

"Monstro, calamidad, traerás destrucción a nuestras tierras, ser inferior, humana."

Yo seguía gimiendo, haciendo mi primera oración hacia el gran creador, esperando que me aliviase las penas que ninguna niña ni niño mereciesen. "Por favor, sálvenme de esas miradas" ya se había vuelto un mantra que me protegía o fingía protegerme, "por favor, basta", yo al menos esperaba que se detuvieran porque se quedaban con cada pedazo fragmentado de mi alma, "por favor, no me dejen sola" y sin darme cuenta, yo moría.

- Hey, hey, despierta.

Los ojos de esa persona, azules, mi color favorito, el color que siempre llamó mi atención al salir a pasear, lo que era muy extraño. Azul, el color que veía a través de las ventanas ya que casi siempre debía de quedarme encerrada cuando llegaban visitas importantes al castillo o porque, años después, entendí que era preferible no salir, quedarme sola a qué salir a soportar las miradas que hacían que mi corazón se destrozase. Azul, libertad y alegría, azul.

- No puede ser... – murmuro algo molesto.

Azul, un color que había visto hace muy poco, en nuestra primera asistencia a la entrega del cetro, donde por insistencia de mi hermana había acudido, claro pues, nadie debía de saber que yo era una humana y permanecí sentada, como una dama de compañía y hermana menor que cumpliría los dieciocho a finales de año, según nuestras mentiras.

- Por favor, mátame – suplique con una voz que no fue mía, trate de mantenerme despierta pero no basto, solo... me desvanecí.

¥¥¥

Desperté meciéndome suavemente, sintiéndome en el aire, con mis piernas y brazos colgados a los costados de mi cuerpo y cuando abrí los ojos a duras penas distinguí los ojos azules de nuevo y el vapor que salía de mi boca.

Estaba segura.

¥¥¥

Hey, mira que traer a una humana, al menos esta viva.
Y encarcelada, ¿de qué le vale estar viva?
¿Por qué motivo la metieron aquí?
Escuche que fue porque venía de la frontera por la Corte de Verano.
¿Qué hacia ella ahí?
Puede que fuese una mascota del rey del sol.
Es increíble como las cosas cambian, antes un gobernante honesto y
ahora, después de que nosotras estemos encerradas un año, alguien que
se divierte con humanas.
Espeluznante, pero los humanos son tan frágiles que...
Hey, cállate.

Oí el sonido de una celda, del metal chocar y después, oh, ese fuerte olor
a desinfectante, olor a limón, olor a artificial y por debajo de todo ello, la
sangre, el pesado y metálico olor de la sangre.

Oí el sonido de pasos al acercarse y entendí que era más de un par,
disparejos y pesados así como la profundes del olor de la sangre.

Bien, mandarme a una celda, pero claro, su majestad está preocupado, ja,
mandarme a una celda, al calabozo, ja.
Aparece Jofiel.

Parpadee y por lo que pude ver en la oscuridad un viejo duende estaba
tocando mi piel, creo que la de mi abdomen y después...

Wow, que ojos, lindos ojos – bajo la mirada y siguió atendiendo mis
heridas – este lugar me enferma.
Donde, estoy – pregunte con la voz ronca, una voz que no era mía y
sospechaba seria así.
Valla niña. La Corte de Invierno, en el calabozo de la Corte de Invierno,
¿sabes qué es eso?
No... - titubee y volví a dormir, profundamente.

¥¥¥

Si bien antes en mi casa podía ver la luz atreves de una ventana ahora no
había luz y comprendía porque la gente se volvía loca aquí abajo, pero,
curiosamente, las tres mujeres que compartían una celda alado de la mía,
seguían cuerdas, o eso era lo que parecían.

No dejan de hablar de las cosas que habían pasado hace un año atrás,
asistir y comer en las fiestas y por supuesto, siempre hablando de su
guapo rey y de su hermoso hijo, de lo enamoradas que estaban de él, las
tres con cabelleras largas y negras, las tres unas elfas viejas, por algún
motivo y las tres, raras, de alguna manera.

Paso un día y luego dos, pasaron tres días y luego cuatro, los controle por la visita de ese duende que decía ser un médico y que se quejaba de lo doloroso que era estar en ese lugar, después, por algún motivo logre sanarme, la heridas por la espada oscura sanaron sin la necesidad de magia, solo, estaba yo con los moretones y cardenales en mi piel y las cortadas oscuras que se extendían en un morado oscuro.

Era el quinto día cuando me quede dormida de repente y desperté con alguien meciéndome lentamente, fue diferente. Normalmente el médico o me pinchaba con sus huesudos dedos o me empujaba para levantarme pero absolutamente nadie, desde que había llegado me había tratado con tanto cuidado.

Por eso y muchos otros motivos, volví a abrir los ojos.

- Señorita, vamos, despiértese – la contemple.

No hable porque mi garganta aun permanecía ronca y con el frio que hacía en mi celda lo único que conseguía era carámbanos de hielo, en cambio, aquella mujer, una hermosa dríada de invierno, que tenía las hojas verdes solo como cabello coronado por nieve blanca y en lo demás puras ramas que vestían su piel canela, la observe, una dríada de invierno, muy diferente a las dríadas de verano con sus colores cálidos.

- Pero, pobrecilla, está temblando – separe mi cabello que por algún motivo estaba tieso como los barrotes de mi celda – hay que agradecer de que seas humana, de lo contrario ya estarías muerta, nosotros no podemos soportar el hierro – sonrió y alguien se aclaró la voz.

- Si se apurase sería mucha mejor lady Indiga – ese alguien, creo que era un elfo, supongo, es la segunda vez que veía esos uniformes de plata bañados en azul, y adivine “espadas azules” de inmediato.

- Bien muchacho – rio la dríada – y tu mi niña, es hora de ir a ver a quien te ha salvado de morir congelada – me volvió a ver – dos veces, ah, y tranquila, nosotros no somos malos así que no estés asustada – casi reí porque no estaba asustada pero ella debió de interpretarlo así por el temblor aún más profundo en mi cuerpo.

Caminamos, si es que se podría llamar así, yo no camine sino fui literalmente arrastrada con cuidado fuera de las rejas y sentí la tensión desaparecer de mis acompañantes, que eran dos, el caballero y la dríada, cuando salimos de ese lugar infestado de metal. Sin embargo, aquello me hizo darles una última mirada a mis compañeras de celda, que se despedían de mi con afectuosos, “adiós humana, ya era hora”.

Lo primero que se me vino a la mente al ver la luz fría del sol, fue aquel hombre, de barba y una actitud extraña, el que hace pocos días habían ingresado a la Corte de Verano y luego había sido liberado, me imagine en

la misma situación y desconfié de aquello.

Un humano no debía de comer, tomar o beber nada del mundo élfico porque eso implicaba servirles de por vida, ellos eran buenos tentándote para luego atarte a alguna mala apuesta.

Un humano no debía de enamorarse de un elfo, ya que te romperían el corazón y se lo comerían, ellos tenían ese lado malo aunque no todos.

Un humano no debía de provocar a ningún elfo pues eran vengativos y competitivos, yo era buena en aquello y, jamás, hagas un contrato con un elfo, podían quitarte a tu primogénito, tu vida y algo tan simple y complicado como una lagrima.

No hablé mientras era conducida hacia una enorme habitación con madera oscura y con tallados en plata, así claro, como los muros del palacio, hechos en mármol y rodeados de cristal a un lado de las ventanas, un bonito decorado. No podía dejar de estar asombrada.

- A que es genial, ni ustedes los humanos podrían ganarnos en lo increíble de nuestras construcciones. Pero bueno... – me miro de reojo y metió un mechón de cabello sucio detrás de mi oreja – estas sucia, pero aun así tenemos que presentarte ante nuestros reyes, lo lamento – negué con la cabeza mientras esta seguía agachada; yo lo comprendía, era peligroso.

- Estamos aquí – dijo el espada azul y llegamos esta vez frente a unas puertas de hielo grueso que distorsionaba las imágenes que habían adentro.

- Bien - ella respiro profundo y me encaro - Solo responde cuando te hablen y no mientas, te mataran si lo descubren – asentí con la cabeza, mi familia hacia lo mismo, o al menos, cuando estaban vivos.

Las puertas se abrieron y al avanzar con la cabeza baja tratando de no tropezar con mis pies y no depender tanto del apoyo de la dríada a mi costado, continúe.

El suelo era como un espejo congelado, reflejaba mi imagen arruinada y comprendí al instante que mi aspecto era el peor del mundo para presentarme ante reyes. Mi estómago estaba al descubierto manchado de marrón, mi ropa hecha jirones y mi cara completamente sucia, lo único que lucía normal en mi aunque no estuviese acostumbrada a verlos tan seguido era mis ojos, ellos lucían vivos y de un centellante naranja topacio. Ahora era completamente humana.

- Humana – reconocí la voz y apreté la mandíbula aun temblando, ya me parecía normal en mi cuerpo con el frio que hacía en este lugar. No levante la cabeza – fuiste encontrada hace cinco días en las afueras de la Corte de Verano, en la frontera con nuestra corte. ¿Qué hacías ahí?

- Mi reina, ¿no cree conveniente preguntar primero su nombre? – hablo

una voz masculina y también la reconocí, el rey.

- Bien – dijo ella – soy Breena Frio, reina de la corte de invierno.
- Y yo, Edelweiss Frio, rey de la corte de invierno.
- Ahora, pedimos tu nombre, humana.

Trague en seco y me negué a levantar la cabeza; me habían hecho dos preguntas y cada una era tan difícil de responder como la otra, me habían advertido que no mintiera, pero decir la verdad equivaldría a una muerte segura, y al menos, mintiendo, yo lograría vivir un poco más, el tiempo suficiente como para saber cómo estaba mi hermana y hermano en su nueva monarquía.

- S-soy – titubee, mi voz tembló y fue ronca, simplemente, no fue mi voz
- La-e, Lae – corregí de nuevo y toqué de manera ronca, con un dolor más profundo en la garganta.
- Levanta la cabeza Lae – dijo una tercera voz. Obedecí, algo contradictorio pero lo hice y no pude apartar la mirada de esos profundos ojos azules.

Regla, uno no debe mirar de frente a un rey o príncipe si es que no eres digno de ello.

Regla, unos jamás debe mantenerle la mirada mucho tiempo porque significa reto.

Regla, bajar la mirada significa sumisión y lealtad.

- Bien, ahora ¿responderás la primera pregunta? – pregunto nuevamente la reina. Baje la mirada.
- Me, per-di – *mi voz, oh, cielos, como dolía hablar.*
- Imposible – murmuro el rey.
- Yo, venía con, mi, expedición, me sepa-re, de ellos, y caí, al, acan-ti-lado.
- ¿Qué hay de esos cortes? – pregunto el chico de los ojos azules. Pensé rápido.
- Había, un, hombre, y buscaba, a al-guien. Dijo que, corrie-ra. Él, estaba, cazan-dome – *y esa era la verdad.* Regla, los elfos no pueden mentir.
- Él que te hizo eso, ¿cómo era? – pregunto el rey y yo titubeando señale al soldado detrás de mí.
- Así, con rojo, en, lugar, de a-zul.
- Espadas rojas – concluyo la reina – un muy mal momento para perderte en la Corte de Verano – no dije nada y no reaccione, si lo hacía, ellos sospecharían.
- Lae – hablo el rey y fruncí el ceño, era raro que me llame por mi nombre y no como “humana”, eso era un pequeño detalle – deberás quedarte en la Corte de Invierno. - Muchos sospechan que podrías ser una espía humana y necesitamos vigilarte de cerca, serás una invitada hasta que te recuperes y puedas trabajar por tu cuenta. Cuando demuestres que no

eres ninguna espía, entonces, te dejaremos ir de nuevo al mundo humano, pero hasta entonces...

No oí más, pero entendí a la perfección mis opciones. No podía escapar, no en mis condiciones, y aun, si escapara, no tendría a donde ir, mis padres estaban muertos y mi pueblo no me quería ahí. Por ahora, mi mejor opción era quedarme y agradecer a aquella persona que me había salvado. Un príncipe.

Capítulo 5

CAPITULO 5. Príncipe.

No habían usado ningún truco para invadir mi mente pues yo no les había dado un motivo para hacerlo pero eso no quito el dejarme incomoda con el frio glacial del castillo.

La dríada me condujo a “mi habitación”, el lugar más cálido de palacio, lleno de pieles y madera, muy hogareño. Me hablo de las reglas de palacio, lo extraño de todas ellas, era que en este lugar eran menos estrictos que en la Corte de Verano y eso me confundía, no estaba segura de por qué, pero en la Corte de Invierno parecían ser mas indisciplinados, como, con la regla de dormir tarde, con la regla del entrenamiento y del estudio lo que era opcional, y con la regla del romance, las cosas eran un tanto más complicados.

En la Corte de Verano estaban prohibidos los romances ya que el romance distraía pero siempre y cuando no te descubriesen estaba bien, en cambio, con la familia real, no podía simplemente ser.

En la Corte de Invierno podías ver que el romance no era una problema, y en cuanto al príncipe, oh, me dijeron que estaba bien, las cosas no eran prohibidas con él, y aun yo, siendo humana, si era llamada por el príncipe, debía de acudir sin rechistar.

Me mantuve callada cuando colocaron un vestido simple sobre la gran cama, cuando dejaron zapatos y me mandaron al baño preparado por la dríada que era amable explicándome las cosas de palacio. Lady Indiga era diferente, cálida y fácil de confianza, tenía buenos ojos y para mi suerte, dejo que me bañara sola.

Al entrar al cuarto de baño un espejo grande me devolvió la mirada, mucho más claro que el suelo del salón principal del palacio y definitivamente, me veía mal. Las manchas de barro y mugre, los raspones y la sangre seca. Los signos de cansancio y debilidad en mi piel. No era yo.

Me metí a la ducha y deje correr el agua mientras la suciedad se iba. Lave mi cabello tres veces para deshacer los nudos, la tierra y el hielo que habían hecho estragos. Limpie mis uñas meticulosamente, lave mis dientes y después fregué cada parte de mi cuerpo hasta que se pusiera rojo, de esa manera, sentía que era real.

Cuando termine me puse la bata de baño y salí a la habitación. Indiga me

esperaba con una sonrisa y diciendo “hermosa” más de unas veces.

Me ayudo a cambiarme después de pasar aceites aromáticos por mi cuerpo. El vestido era entero y de color marrón claro, de un material que abrigaba con mangas largas, elegante pero no de lo que usaban las reinas y princesas, aunque eso me iba bien.

- Puede que no estés acostumbrada a los vestidos, pero nuestra costurera se demorara en preparar ropa parecida a la tuya para su uso, señorita – hablo mientras peinaba mi cabello.

- Gracias – dije con ronquera. En verdad parecía irreal, ni en mis sueños más locos me veía en la Corte de Invierno como invitada, “temporal”.

- Es curioso – volvió a reír mientras que yo seguía viendo mis uñas, sin atreverme a levantar la mirada – me imaginaba a los humanos como más directos y mentirosos con sus sentimientos por lo que esperaba que usted señorita estuviera volviéndose loca a estas alturas, sin embargo, es como si, conociera su lugar. ¿Nos tiene miedo? ¿Por eso es que no levanta la mirada? – no respondí y ella suspiro – bueno, cada quien tiene su manera de afrontar los hechos – *y esta era la mía.*

- Indiga – la dríada se puso recta y se giró para después inclinarse a saludar al príncipe quien ingresaba a paso decidido, con un ritmo silencioso y perturbador. Apreté la mandíbula – gracias por cuidar de la humana – cerré los ojos – déjanos un momento a solas, por favor.

- Si, su majestad – hablo Indiga y se oyeron sus tacones resonar al salir del cuarto, el rocé de la madera contra la alfombra.

- Bien, levántate – me ordeno y así lo hice, lentamente y aun dándole la espalda, pues, no me había ordenado hacer algo mas – mírame – abrí los ojos y mis latidos se aceleraron. Una prueba más, una prueba de mi inutilidad. Me gire y levante la mirada igual de lento.

Zapatos y pantalón negro, camisa blanca abierta dos botones arriba, piel pálida, como la de la reina Breena. Mentón fino al igual que su rostro y las perfectas proporciones, cutis sedoso, labios rojos, nariz recta y pequeña, pestañas negras al igual que sus cejas arqueadas y ojos azules, un azul vibrante que parecía cambiar de color.

Cabello corto... cabello corto negro. Oh gran creador, esta persona era peligrosa.

- Te ves diferente – sonrió y baje la mirada para tragar en seco. Cabello corto y cabello largo significaban una cosa, tenía una transformación más fuerte que como se veía. Él era poderoso - ¿Cómo te sientes?

- Bi-bien – trate de aclararme la garganta.

- Bueno, no tan bien – sus fríos dedos tocaron la piel expuesta de mi cuello y pegue un respingo por lo helado, sin embargo, me obligue a permanecer quieta – extraño – volví a escuchar su risa y sentí como sus dedos se volvían cálidos, con un cosquilleo - ¿Cómo está ahora? – abrí la boca para responderle pero volví a cerrarla - ¿Qué sucede?

- Gracias – y así de simple, mi garganta ya estaba bien.
- Mejor – quito sus dedos y luego vio su mano curiosa. Me atreví a levantar los ojos de nuevo y me contemplaba.
- Bien, a lo que realmente he venido es a preguntar. ¿Cómo es que aun estas viva? – vi la mentira, aunque, claro, los elfos no mienten, solo distorsionan la verdad, la pregunta era, *¿cómo sobreviviste a esos cortes y a toda la sangre perdida?*
- No lo sé – respondí bajando la mirada.
- ¿En verdad solo huías? – *¿qué sucedió en tu huida?*
- Sí, no recuerdo mucho.
- ¿De dónde vienes? – levante la cabeza de nuevo y me sorprendí por el azul claro de sus ojos, *ahí estaba el motivo de su visita.*
- Inglaterra – respondí y el sonrió.
- Me gusta Inglaterra, un buen lugar para conocer el avance de la tecnología humana – mi boca se abrió sorprendida. Él era un príncipe y por ende no podía salir de las tierras mágicas, pero nuevamente, no mentía, él conocía la tierra humana, Inglaterra.
- Ahhh, gracias, por salvarme – volví a bajar la mirada tratando de no lucir muy impresionada.
- No, gracias por sobrevivir. Ahora, descansa, hoy tendremos una cena y mis padres quedran conocer cosas del mundo humano, prepárate.
- Si.
- Y, mi nombre es Rae, señorita Lae.
- Siiii, solo cambias una letra y tendrás el mismo nombre que mi hermano – apareció un pequeño por la puerta con los mismos rasgos que el príncipe pero con los ojos negros como su cabello – Rae, el comandante Vilt estaba buscándote – el pequeño me dirigió una mirada y abrió la boca sorprendido – Wow, tus ojos son reales, ¿humana?
- Vamos Kyle, no seas molesto con nuestra invitada – Rae se giró hacia mí – nos vemos más tarde, entonces.
- Conoce tu lugar, humana, o los monstruos podrán tenerte de desayuno mañana – rio el pequeño y salió corriendo antes de que su hermano lo atrapara.
- Discúlpalo, es solo un niño.
- Si – asentí con la cabeza y espere a que se fuera para dejarme caer al suelo, sorprendida.

Sin darme cuenta de en qué lugar me encontraba caí en un profundo sueño, que al inicio fue de lo más placentero hasta tornarse en las pesadillas que continuamente me azotaban. Un día era la repetida muerte de mis padres, y al otro, un rey de la Corte de Verano con una cadena, una cadena con púas que destrozaba el cuello de mi hermana, ensuciando su vestido de reina con sangre. Sueños desde hace pocos días antes de mi cumpleaños.

No estoy segura de si el cansancio o si una nueva cama y la oportunidad de descansar sin que nada de mi cuerpo doliese mucho, como las primeras noches, o si el calor o si la seguridad, me permitieron descansar.

Cuando desperté la noche cubría la tierra del invierno eterno, no estaba en silencio como las celdas con el murmullo de mis compañeras sino que afuera las hogueras, las risas estridentes y los colores brillaban. Ahí me di cuenta, *ah, así finaliza la semana de la cosecha*, solo que la semana no constaba de siete días sino, de diez días, conveniente.

Tocaron mi puerta e Indiga entro sin esperar a que le diera permiso. Eso me recordó que aquí yo no era ninguna princesa que merecía privacidad y que, por raro que sea, ellos no se alejaron de mi por ser humana, sino, puede hasta que me hostiguen, estaba preparada para eso.

- Apresúrese, el príncipe requiere su presencia – se quedó viéndome pero fue tan solo unos segundos antes de recordar lo que venía a hacer – bien, te ayudare a vestirme. Hasta los humanos saben que es la ética así que te pido por favor que no pongas en ridículo a su alteza.

No entendí cuando me explicaba sobre nombres y puestos importantes de los que debía de recordar pero me quede de piedra cuando mi piel se sintió caliente contra el frio material del vestido. Ella cambio de usted a tú y así fue de más confianza cuando pregunte.

- Es nieve, que esperabas – explico y fue aún más extraño.

Si bien es cierto que me sentía como una novia por lo blanco y transparente del vestido, también me sentía confundida por muchas razones. Una, el vestido era caro y no era para una invitada. Dos, ¿por qué no estaba siendo tratada como alguien normal o bajo de lo normal en lugar de duquesa o marquesa? Y... no pude pensar más.

Mi cabello fue rociado por agua que quedaron firmes congelándose al instante en lo que tocaron mi cabello. Quede absorta en aquello, como diamantes en mi cabeza. Pero no acabo ahí, delicadas cadenas fueron colocados en mis muñecas desnudas y pequeñas marcas bonitas, lengua élfico que no entendía pues era el idioma de los de la Corte del Invierno adornaron mis brazos y no solo en color plata sino también en naranja, como mis ojos y mis labios, que naturalmente eran de ese color, pero fue más brillante, con el hidratante. Todo era frio y hacia a mi piel arder y tratar de conservar su propia calidez.

Me delineo los ojos y con eso estuve lista en el largo vestido blanco y de telas transparentes que se ceñía a mi cuerpo y bajaba suelto a partir de la cintura. Me fue familiar.

- Espere señorita Lae – me detuvo Indiga – beba esto, es poción de loto, le sanara las heridas y desaparecerá los hematomas.
- Gracias – lo recibí y trague el dulce pero, también, frio líquido.

- Mejor – dijo ella y camino delante mío todo el camino hasta una habitación, que deduciendo por el tamaño, decorado, libros y colores, era del príncipe mayor – espere aquí.
- Bien. ¿Qué hace ella aquí? – pregunto el pequeño y de inmediato me incline en señal de respeto – pero mírate humana, estas bonita, pero, ¿Qué haces aquí? – volvió a preguntar.
- Yo la llame Kyle – apareció su hermano detrás suyo y cerraron la puerta de la habitación – sí, luces muy diferente – me incline también y mantuve la mirada fija en el suelo.
- No me digas que es ella – se quejó el pequeño y luego volvió a verme – no comprendo, Amapolas es más hermosa que ella.
- Amapolas no destaca.
- Destaca, Rae tonto – reprocho.
- De igual manera, no arruines esto Kyle, es una oportunidad la que ha venido y no pienso desaprovecharlo.
- Oportunidad si no te casas con esas impostoras al engañarlas con una fea humana.

Justo en ese instante escuche un rugido y mi cuerpo se estremeció. Levante la cabeza buscando de donde provenía pero lo único que me tranquilizo fue que, venia del bosque, uno que se veía muy bien a través de las ventanas del cuarto del príncipe.

Solté la respiración poco a poco extrañada, era la primera vez que escuchaba un rugido así, no como ninguno de los animales ni mitológicos ni normales que existían. Pero, me llamaba.

- Lae – volví mi atención hacia el príncipe y busque con la mirada a Indiga y el pequeño Kyle, pero ninguno estaba en la habitación y provoco que yo bajara la cabeza, de nuevo.
- Si, su majestad – respondí.
- A cambio de quedarte en mi casa te pediré un favor – asentí con la cabeza y escuche – levanta la mirada – fruncí el ceño pero obedecí calladamente – finge ser mi prometida.

Mi boca se abrió para replicar pero no salió ninguna palabra. Había entendido bien y sabia el significado de aquello, imagino que por eso solté una sonrisa amarga, me sentí encerrada, si bien estaba en la Corte de Invierno y era tratada bien aquello debía de significar otra cosa, en mi caso, el caso de una simple humana, era este, fingir que era la prometida de su majestad y, posiblemente, morir en el intento.

Capítulo 6

CAPITULO 6. Funeral.

Camine con la mirada, el paso y la postura de una princesa mientras que por dentro me retorció de frío, aun, mucho más al sujetar el brazo del príncipe.

Me mordí el labio antes de salir del palacio, pero después, cuando estuvimos afuera seguí siendo digna.

La música cesó de golpe y todo el mundo se giró para saludar a su futuro heredero solo que por las caras de asombro, no pensaban ver a su majestad con una mujer, o peor aún, a una humana.

Nadie se atrevió a hablar y por lo contrario mostraron sonrisas falsas en el rostro, sin embargo la curiosidad pico a más de uno y en evidencia del tono informal del muchacho de cabello plata y ojos azules, no se lo guardo.

- Pero primo, ¿quién es esta hermosa señorita? – el príncipe sonrió y miro a todo su público para responder.
- La señorita Lae es mi prometida y si las cosas marchan bien, su futura reina, así que pido que sean amables con ella – pensé que añadiría que “no conoce nada sobre nosotros” pero no dijo nada – ahora, eso responde tu pregunta, ¿primo? – Rae sonrió suavemente y sentí la tensión crepitar entre ambos.
- Pero, huele a humana, Rae.
- Es humana Wallet.
- ¿Una humana como reina? Eso será divertido.
- Lo será.

Apareció una chica de ojos negros como posos y el cabello rubio pálido que portaba también un vestido blanco como el mío, solo que, no tan complicado, y se veía perfecta, sin embargo, no era perfecta y fue desconcertante la mirada que me dirigió, lo peor, no me sorprendió porque con lo de “prometida” sabía qué me esperaba.

- Dijo que se llama Lae, ¿señorita?
- En efecto – sonreí y fue un shock para ella ser tratada de la misma manera.
- Vienes de un pueblo humano, que novedoso será eso en palacio, es la primera vez que los tenemos – continuo ella – espero que las cosas vayan bien para usted, princesa Lae – sonreí de nuevo pero estaba vez nostálgicamente, *era extraño ser llamada así de nuevo.*
- Agradezco su preocupación. Me gustaría conocer su nombre.
- Oh, mis disculpas, soy Calíope de las tierras fronterizas al sur de la Corte

de Invierno, Calíope Brizna.
- Mucho gusto señorita Calíope.

Ella sonrió e invito a bailar al príncipe, él acepto y me dejo a un lado con su primo que no dejaba de preguntar, solo que no respondí exactamente lo que él deseaba y al poco rato se había vuelto más hostil tratando de sacarme información.

Conocía el nombre de Wallet y era bien sabido que él prefería seducir a las ninfas sin distinción de que corte eran. También conocía a Calíope, ella había asistido una vez a palacio para hablar y establecer alianzas más fuertes pues "mineros", criaturas oscuras que consumen, habían penetrado parte de su tierra.

- Entonces, ¿me repetiría como conoció a su majestad?

Esa era fácil, según las palabras del príncipe, la historia fue tal como sucedió y explique a detalle el embrollo en el que me había visto implicada, por supuesto, como a cualquier curioso, esa historia atraía más la atención que mi historia y la del príncipe y la de nuestro repentino enamoramiento.

- Es increíble que haya sobrevivido, debe de haber creado cierta inmunidad si hoy en día nos acompaña – *también lo había pensado*, ahora yo debía de ser una especie de antídoto que solo estaría completa con la sangre de elfo, uno muy poderoso.

- En verdad soy afortunada – sonreí y él se acercó.

- ¿Sabes? Eres muy tierna para los gustos de mi primo, quizá... - tomo mi mano y la contemplo curioso – no deberías de estar en la posición de "prometida" si en verdad te ama. Yo creo que – bajo la voz – solo lo hace para quitarse a sus pretendientes de encima.

Yo lo entendía.

"Prometida" significaba, presa. Literalmente me había colocado en una bandeja de plata para buitres que solo pensaban en destrozar y otro, más fuerte, ocupe su lugar.

Sabía que sería destruida con el tiempo, y sabía que tenía que aguantar. Había oído historias de la Corte de Otoño, en donde una princesa había presentado a su prometido, un elfo inferior que resulto ser demasiado débil para ser rey y fue destrozado por los otros pretendientes de la princesa. Al final se había tenido que casar con otro elfo más fuerte y mantener a su país, seguro fue un método para salir de la depresión por haber matado a su amado.

- Si me concede un baile, princesa – apareció su majestad y sonreí obligadamente. Al menos él era un ancla que me mantuviese firme en la

corriente.

- Con gusto, su majestad.

Fui conducida a la pista de baile y deje que los murmullos desapareciesen solos. Relaje mi cuerpo contra él de su alteza pero aun así me mantuve firme mirando su pecho, no podía sostener la mirada de un futuro rey, eso sería desafío. Y bailamos.

La música era suave y el ambiente era todavía más frio, no pude evitar temblar cuando las manos del príncipe reposaron en mi cintura y brazo, ni cuando después del espectáculo que dábamos por mi buen desempeño, las muchachas que iban a por al príncipe se desesperaban.

- ¿Dónde aprendiste a bailar? – pregunto.

- En casa, con mi padre – sentí su aliento contra mi frente pero no levante la mirada.

- He estado pensando esto todo el día. ¿Por qué te niegas a verme a los ojos?

- Porque usted es un príncipe - respondí de inmediato.

- ¿Y?

- Mirarle a los ojos, a alguien tan inferior como yo, seria, malo.

- ¿Por qué? - sonrei.

- Porque parecería que estoy retándolo, su majestad.

- Retándome, curioso porque tienes razón pero, también pienso que es más fácil saber si me mientes o no, después de todo, eres humana. Y... - soltó su mano de la mía y la llevo a mi mandíbula obligándome a levantar la mirada – tienes unos ojos hipnotizantes, como si llevaras el amanecer contigo – cerré la boca y sentí que su cuerpo se acercaba más al mío. Ambos, conteniendo el aliento, *un buen espectáculo*.

- Disculpe su majestad, la reina Breena desea que le conceda una pieza – apareció un muchacho y me separe del príncipe mientras que este me escoltaba a un asiento, alado de su pequeño hermano.

- Volveré después – murmuro y se marchó.

- Bailas bien – dijo Kyle.

- Gracias, su majestad – respondí y él se puso tieso.

- No me digas así, solo Kyle, detesto que se refieran a mi como a mi hermano.

- Como digas, Kyle – sonreí y luego contemple a todas las mujeres que me veían molestas, con ojos afilados y sonrisas chuecas.

- Estas a la mira – comento él – de seguro que hoy mismo intentan algo, ten cuidado, humana.

- Lo tendré.

Lo que resto de la velada me la pase preocupada manteniéndome alerta, fue cansado pero sobreviví, inclusive a los comentarios venenosos de como el príncipe estaba más absorto por sus invitados que por su prometida, a lo que yo respondía, “tengo todo el tiempo del mundo” y

“gracias por su preocupación”.

A las dos de la mañana cuando mi cuerpo cobraba factura y después de comer un poco fui escoltada por el príncipe a mi habitación pero ni bien salimos del salón principal del palacio soltee el brazo de su majestad y camine detrás de él aun temblando de frio, yo simplemente no podía acostumbrarme al clima helado de aquí.

Llegamos a mi habitación y él ingreso sin decir ni media palabra por lo que no tome asiento y permanecí para ahí.

- Estuviste bien esta noche – se giró hacia mí y frunció el ceño – abrígate, parece que te la pasas mal con nuestro clima.
- Gracias.
- No, gracias a ti y, perdón, por meterte en este problema, fue la única solución que se me ocurrió - diferente a como es, él era muy contradictorio.
- Puede hacerlo ya que la familia real me está permitiendo quedarme en palacio.
- ¿No quieres volver a tu casa?
- Por ahora – sonreí – las cosas son complicadas en, casa.
- ¿Complicadas? – no dije más y cerré la boca de manera en que no se me escapara más, pero él continuo observándome, curioso, raramente no era malo, solo, un poco como yo, solitario – bien, entonces es hora de irme, descansa.
- Buenas noches su majestad.
- Buenas noches, Lae.

Me bañe para quitarme la pintura y con el agua el hielo en forma de gotas que adornaba mi cabeza se derritió. Me puse la abrigada pijama y después caí rendida a la cama, una abrigada, que me recibió con los brazos abiertos y dormí.

Estoy segura de que era mi décimo cumpleaños ya que los globos, las canciones, el pequeño vestido rojo y mi preciosa hermana adelante mío lo confirmaban.

Se cantó cierta melodía presagiando los días venideros, otorgando felicidad a quien lo oía y llenando de curiosidad a mis padres claro que yo no lo había entendido, a esa edad o bien las cosas eran dolorosas o tristes. Mis apenados diez años.

- *Sus majestades, las princesas pasaran por diferentes pruebas para encontrar la felicidad – cantaba en un susurro perforante el profeta ambulante, que iba de una corte a otra a cantar sus presagios.*
- *Eso es obvio – murmuro mi hermana.*
- *La que brilla como el oro asendereara sobrepasando a todas las reinas y cambiara de una vez por todo el rumbo de las cosas como siempre las*

hemos conocido.

- Wow – exclamó el pueblo.

- La que es como el trasluz, como el velo de las perlas, ocupara su lugar en el mundo, el lugar que siempre dudo en encontrar y encontró al dejar de esperar.

- Seguro habla de ti Lae – susurro Summer.

- El amor es algo necesario para ambas, les ayudara a decidir, el amor, el sacrificio, si – nos observó a través de la capa oscura que observaba el público – solo el verdadero sacrificio y las consecuencias serán necesarias, para la, felicidad.

Aun no encuentro el significado de sus palabras, ni ahora ni planeo saberlo, saberlo me da miedo, como las manos manchadas de sangre, de nieve, de tierra y alguna cosa plateada que brillaba en mis palmas.

El vaho de mi aliento me hizo dar cuenta del frio que sentía, era de mañana y el fuego hace mucho que se había extinto. Temblé cundo me levante y después revise inconscientemente la ventana, una grande que estaba obstruida por la neblina. La limpie.

Afuera la nieve caía y era la primera vez desde que había llegado que observaba con detenimiento la gran Corte del Invierno, mucho blanco, mucho frio y afuera de palacio un carruaje elegante, hecho de plata en su mayoría, adornada con piedras preciosas y resguardada por capas negras, creación de su majestad de hielo.

La reina Breena, el rey Edelweiss y el príncipe Rae desaparecieron en el carruaje, esperaron a que las puertas se cerraran y así se marcharon.

Yo seguí temblando de frio y me abrigue más en la cama, tiritando pero despierta, no pude volver a dormir y cuando al fin tuve tiempo para pensar caí en cuenta de muchas cosas, la primera y más importante, la exploración.

Apenas eran las seis de la mañana. Me levante de la cama, me puse la ropa más cálida que logre conseguir entre vestidos y capas para después escabullirme de mi habitación. No había guardias.

Los pasillos estaban vacíos y daba un aire de soledad al gran castillo de hielo. Conseguí averiguar donde estaban las cocinas que eran dos y estaban una al lado de la otra. Encontré una gran biblioteca de dos pisos por los que accedías con una escalera y un balcón superior lleno de encuadernados con palabras que yo no entendía en lo absoluto sin embargo con un gran libro viejo de páginas un poco rotas en el centro de la habitación con las paginas en perfecto blanco usado.

En el lado contrario a mi habitación, el ala sur, se encontraban otras habitaciones y por lo que lucía, con todos los guardias en esa zona, era los

aposentos de la familia real. El ala sur de la familia real, hice una nota mental.

Más abajo, cerca de las alacenas eran los cuartos del personal de trabajo y cerca del ala norte, mi ala, estaban las habitaciones del personal importante, como acaba de ver, el cuarto del ministro Qack, el ministro de economía y, de muchos otros que pasaban días en palacio cuando tenían mucho trabajo y decidían no volver a casa.

- Al fin te encuentro Lae.

Apareció Indiga meciendo su vestido al son de su paso rápida hasta llegar a mí, verificar rápidamente que me encontraba bien y después dar un fuerte asentimiento con la cabeza.

No me dio explicaciones de hacia dónde me arrastro hasta que curiosamente me encontré en la cocina, claro que tenía otro camino, uno que no había encontrado antes y me pareció absurda la idea de más de dos entradas, las habitaciones parecían estar conectadas todas.

Ya no era la única despierta, ahora un montón de muchachas, entre dríadas, entre pixis y hadas, e inclusive algunos elfos, se encontraban desayunando en una mesa larga siendo atendidos a ellos mismos armando un festín de panes en la mesa.

Me fui obligada a sentarme, ellos inclinaron levemente la cabeza cuando se produjo un silencio y después volvieron a lo suyo.

- Si tenías hambre has debido de despertarme, no vagar así por palacio. ¿Qué hubiera sido si lord Bairon te encontraba? Oh, mi príncipe Rae hubiera cometido asesinato – comenzó a murmurar Indiga.

- Sí, eso sí – hablaban dos dríadas a dos asientos de mí.

- Entonces hoy es su funeral – deje que la taza se detuviera antes de tocar mis labios y preste más atención a lo que decían.

- Es una pena lo de los reyes de la Corte de Verano pero me parece absurdo que no hayan capturado a sus asesinos.

- También oí sobre el matrimonio de la recién nombrada reina Summer, dicen que fue una decisión rápida y aceleraran las cosas para mantener a su nación en paz.

- Lae, ¿me estas escuchando? – me gire hacia Indiga y baje la cabeza sumisamente – valla niña, ¿qué te tiene preocupada ahora? – quise preguntarle, pero no pude porque no debía, lo que me llevaba a otra cosa. *¿Por qué simplemente no borran mi memoria y me dejaban marchar como aquel humano en mi corte? ¿Qué necesidad de que me quede como una invitada?*

- ¿A dónde fue el príncipe? – pregunte a Indiga y ella suspiro antes de responderme.

- Al funeral de dos reyes – baje la taza después de haberme bebido todo

el chocolate y puse mala cara cuando me di cuenta de que el apetito se me había ido por completo – si ya terminaste, levántate, tienes que entender unas cuantas cosas de aquí – me levante y la seguí.

- ¿Qué reyes? – pregunte para volver a retomar la conversación y ella me miro de reojo antes de responder.

- El rey Magnus y la reina Náyade fallecieron hace unos días, la reina Breena fue mejor amiga de la reina Náyade y por eso fueron a su funeral, hoy, aunque no solo eso sino que también por el compromiso de ser reyes y como eso incluye al futuro gobernante de la Corte de Invierno, el príncipe Rae también fue invitado – me contemplo frunciendo el ceño y añadió – bueno, para empezar tenemos cortes, Invierno, Verano, Otoño y Primavera. Cada uno es gobernado por dos reyes con la única función de mantener viva la tierra, cosa que los humanos se empeñan en destruir, pero también está la Corte Oscura, algunos elfos renegados que controlan un lado del bosque marchito, los que mataron a los reyes de la Corte de Verano, según hemos oído – asentí con la cabeza y Indiga volvió a contemplarme – bueno, madame Van me dijo que ya tiene tu ropa, ¿quieres que vallamos a buscarla? – asentí con la cabeza de nuevo y la seguí.

Permanecimos en silencio mientras que mi cerebro corría a toda velocidad. Hoy era el funeral de mis padres. Mi hermana ya había sido coronada como reina y de repente el constante frio había disminuido, de hecho, la ira burbujeaba excitante bajo la máscara de hielo que era mi rostro mientras que más preguntas aparecían.

¿Qué había sido de mí? ¿Cuál sería su historia? ¿Podrían enterarse de mis orígenes? ¿Por qué aún estaba en la Corte de Invierno? ¿Cuáles eran los planes para mí? ¿Cómo estaría Summer? ¿Qué había sido de Kalay?

Llegamos a un salón más en donde no se podía apreciar más que montones de armarios esparcidos con ropa de diferentes colores y tamaños, todo lucia desordenado y después de zigzaguear un poco detrás de Indiga logramos encontrar a una elfa, menuda de pecas en la nariz y trenza rubia sentada al lado de la ventada cosiendo y tarareando una suave canción, despistada hasta que Indiga se aclaró fuertemente la garganta y ella pego un brinco hasta inclinarse ante nosotras y reír con ganas.

- Indiga, pensé que sería la reina aunque ella ya no está y tan importante como ella permanece en su lugar, la princesa prometida, segunda, debo añadir – rio y me contemplo – me dijeron que era encantadora para ser una humana pero mira que sorpresas, es tan bonita como cualquier reina y, mira esos ojos, es la primera vez que los veo. Dime princesa, ¿en tu mundo hay muchos ojos como los tuyos? – pregunto acercándose.

- No lo sé – me sentí intimidada.

- ¿Tienes su ropa Van?

- Oh sí, claro que sí, me divertí un poco cosiendo pantalones y polos

abrigadores – sonrió viéndome – aunque me hubiera gustado preparar algo que resaltara el color de sus ojos, son preciosos.

- ¿Qué hay de la bandera? ¿La terminaste?

- Como osas Indiga, claro que la termine, ¿cómo iría la reina Breena al funeral de su mejor amiga sin una bandera?

Comenzaron a charlar después de enviarme a cambiar. Habían mencionado que mi madre y la reina Breena habían sido mejores amigas pero yo no lo sabía, de hecho, me pareció extraño que mi madre me advirtiera de la Corte de Invierno, “verano e invierno no se llevan”, si, eso había dicho.

- ¿Tú también lo oíste? – me quede callada mientras oí murmurar a dos mujeres afuera del vestidor.

- Si, la princesa Grainé, hermana menor de la princesa Summer, también murió, la cogieron en el bosque.

- Pobrecilla, nadie la conocía realmente pero oí de una amiga mía que era porque no les gustaba acercársele, pregunte por qué pero no me contestó, dijo que era un secreto, que ya había hablado suficiente.

Me agache tapándome la boca, pensando que aquello acallaría mis sollozos y me mantendría oculta. Solloce pero ninguna lagrima cayo, me di por muerta con esa reacción. Me sentía como si estuviese siendo rota poco a poco y me frustraba no poder liberarme.

Más tarde estaba en una clases de etiqueta real, moviendo cosas, caminando, comiendo y preparando arreglos florales como costumbre, recibiendo halagos pero siendo inconsciente de lo que hacía, arte frio, solo que creo que fue un error hacerlo a la perfección y por la insistencia del profesor Denn, por la constancia de sus ojos y el típico análisis que me daba, pues, le iría con el cuento a su majestad.

Eran pasadas las cinco de la tarde según los relojes de palacio, una de las pocas cosas que se tomaron del mundo humano aunque no aun no llegaba a entender la necesidad de la hora ya que nuestro tiempo no era tan limitado como el de ellos.

Estaba sentada en la biblioteca cuando la puerta se cerró de golpe y me obligue a levantar la cabeza del libro de flores que permanecía en mi regazo.

Una chica envuelta en galas, un hermoso vestido negro con detalles plateados y la otra con los colores invertidos me observaron, con nada más que mi nueva ropa, un pantalón humano negro y un polo mangas largas de marrón claro.

- Lady Lae, pensamos que estaría vacío – señalaron el espacio en donde estábamos.

- Ya me retiraba lady Calíope – me levante y ella sonrió.
- Bueno, ya que estamos aquí, me gustaría presentarle a lady Amapolis – me señalo a la rubia de ojos turquesas que vestía de plata, ambas hermosas.
- Mucho gusto lady Lae – Amapolis hizo una reverencia y entendí que el gesto de llamare “lady” no era por cortesía, sino que no se atrevían a aceptar mi compromiso con el príncipe llamándome “princesa”.
- Igualmente lady Amapolis – no incline la cabeza pero sonreí y ella noto eso.
- Pensamos que hoy partiría con su majestad a la Corte de Verano – hablo Calíope.
- La invitación solo llevo para los conocidos de la reina Summer y sus padres – la boca de Calíope se abrió ante mi evidente conocimiento de aquello.
- Pero usted un día gobernara nuestra nación por lo que, ¿cómo lo dicen los humanos? Ah, es ético – sonrió Amapolis.
- La decisión fue tomada hace mucho. Fue un gusto señoritas – volví a sonreír y me encamine hacia la puerta.
- Lady Lae, ¿en verdad permanece aquí por su amor por su majestad, el príncipe?
- El amor nos hace hacer cosas que no pensabas que harías hasta conocerlo – respondí dándoles una mirada triste – como imagino que me entienden ustedes – ellas apretaron los labios pero transformaron el gesto en sonrisas corteses y me marche de ahí aun con el libro en manos.

Camine rápido ya que no había nadie para criticar mi paso y llegue a las puertas de mi habitación de donde un revoltijo, como juego y saltos se formaban haciendo eco, uno muy sutil por las puertas dobles. Apreté el libro y me adentre con cuidado.

Adentro estaba el pequeño príncipe tirando unos cuantos de mis libros, unos que si mal lo recuerdo, me habían dado para aprender de los caracteres humanos a los de la Corte de Invierno, una guía como estudio personal, solo que no entendía nada de letras humanas y mucho menos después de buscar en una mucho más grande variedad de runas de las cuatro estaciones y de la corte oscura.

Regrese a el príncipe Kyle quien ahora veía unas pequeñas fotos pintadas en papel, aquel que tenía la imagen de una boda humana, llena de un pulcro blanco y sonrió maliciosos cuando me observo viéndole.

- ¿Piensas tener algo así de simple con mi hermano? Entregando anillos y bebiendo solo vino de copas. Muy mundano – tiro el libro a un lado – aunque claro que tú, “princesa humana”, no te casaras con mi hermano, no está en tu futuro. No una boda de blanco y no una torta con glaseado insípido, fui a una de esas fiestas y te digo, es aburrido.
- Buenas noches príncipe Kyle – me incline levemente.
- ¿Me estas oyendo “princesa humana”? te estoy diciendo que no habrá

boda, solo eres un sustituto que ayuda a huir a mi hermano.

- Lo sé – respondí simple y planamente.

- Sé que tienes un trato con mi hermano, uno que es voluble, uno que se puede romper, pero yo no quiero eso – se levantó de mi cama y se encaró a mi alzándose a toda su altura – quiero una promesa.

- ¿Qué tipo de promesa? – pregunte cauta.

- Protegerlo, siempre, aun si no estás ligada a él – abrí la boca para contestar pero fue obvio. Había escuchado que el pequeño príncipe tenía el don de la adivinación y me sorprendió comprobar con mis propios ojos aquella danza violácea en sus ojos, al igual que las de un adivino al hacer su lectura.

- Lo prometo – no sé porque las palabras fluyeron, pero una vez fuera de mi boca me encontré ligada a esa atadura, una promesa que si era rota se llevaría mi vida con ello. Apreté los labios y mire mi libro alejando la vista de él pero sonrió y así termino.

- Bien, entonces estamos bien, princesa humana – fruncí el ceño confusa, en duda de si lo decía porque era cierto, yo era una princesa humana o porque fingía ser una “princesa” humana – mi hermano llegara tarde así que no permanezcas despierta hasta que llegue – *no pensaba hacerlo*, pensé – y no te presentes a la cena, hoy estará un poco... – se mantuvo callado y se fue.

Apenas había pasado media hora en el gran reloj en forma de búho albino cuando caí en un profundo sueño, uno que empezó con un rugido anormal y termino con el pequeño siseo de una voz “búscame”.

Hacía calor y el negro pesaba sobre tierras que conocía solo por breves visitas, nunca me había paseado realmente por ellas buscando secretos como mi hermano y mi hermana, yo lo tenía prohibido.

Miles de flores adornaban los suelos, flores que conocía con sus naranjas y rosas pero flores tan desconocidas con sus pétalos transparentes y otras azules. Flores de otros reinos.

Comencé a llorar cuando la marcha pasó por delante mío seguido de miles de llantos más. Summer, la nueva reina iba adelante y junto a los cuerpos pulcros de mis padres vestidos de naranja, estaba mi hermano, todo de blanco como Summer, con los ojos enrojecidos y un guardapelo en la mano, uno que contenía un pequeño granate naranja encendido, como mis ojos, y piedras finas turquesas incrustadas alrededor con un diseño en forma de corazón entretejido y una delicada cadena. Un obsequio de mi madre y un colgante que coronaba mi cuello la última vez que los vi. Que mantenía en mi huida y desapareció justo antes de caer al precipicio. La única prueba de que yo había vivido, mi guardapelo.

- Falta poco Grainé – murmuro Kalay dejando caer sus lágrimas en

silencio – perdóname, por dejarte sola, perdóname.

Detrás del vapor, un "soplo de verano" que cargaba a mis padres, iban los demás reyes y entre ellos iba Rae observando curioso y con profunda tristeza a mi hermano.

Apretó la mandíbula cuando observo el guardapelo y su madre, la reina Breena palmeo su espalda reconfortándolo, algo que no entendí.

La marcha se detuvo y todos observaron los cuerpos de mis padres y a mi hermano menor subir a la plataforma, la antigua roca en donde se despiden de los reyes y reinas.

Las manos de mis padres están unidas en señal de su profundo amor. Alguien estaba rezando por su paz aunque los elfos solo vuelven a la tierra. Kalay colocó el guardapelo entre las manos entrelazadas de nuestros padres y regresó al lado de mi hermana, todo metódico y cansado, él se veía exhausto.

Yo me acerque y sin darme cuenta de que tenía en mis manos dejo caer una corona de liliums blancos en la cabeza de cada uno, como un sueño.

Se oyó un jadeo y sentí el fuego prenderse a mi alrededor y poco a poco mis padres regresan a las cenizas que brillan entre naranjas y amarillos. Cenizas que se elevan y se esparcían en la tierra antes de un último aliento de las brasas y un "sigue tu camino" de parte de ambos.

- Déjala dormir – dice una suave vos. Me desperece y despege los parpados aun con el libro abierto en la página de los liliums, *un sueño*, me repetí.
- Pero necesita comer algo antes de irse a la cama – murmuró Indiga pero me siento callándola y recordando la advertencia de Kyle.
- Príncipe – saludo y el observo mis manos un segundo antes de pasar por alto el hecho de que estaban manchadas de hollín.
- ¿Cómo te fue en tu día? – es un pregunta suave que advierte su tristeza bien enmascarada. *Su día le fue mal.*
- No tan triste como el suyo, majestad – él parpadeo confundido y luego me observo de nuevo.
- Kyle me dijo que te encontraste con Calíope y con Amapolis. ¿Cómo estuvo?
- Bien, no es como si se me hubiesen lanzado encima – fruncí el ceño - ¿Cómo supo Kyle que me encontré con ellas?
- Una visión.
- Ah – cerré la boca.
- ¿Entiendes este libro? – señaló el libro de flores pero negué con la cabeza.
- Solo estaba viendo los liliums – me mantubo la mirada un segundo antes de cogerme de las muñecas y con cuidado llevarme al baño, en donde

frotó mis palmas con jabón y de desasarse del hollín, motivado por alguna extraña razón.

- No debes comer con las manos sucias.
- No tengo hambre.
- Deberías, Kyle te dijo que no esperaras por mí, pero me pidió que te trajera a comer, me dijo que luego estarías deprimida por no meter nada a tu estomago e irte a dormir.
- Kyle me dijo que hoy no debería ir a comer con sus majestades – contradije.
- Bueno, no es su decisión, es la mía, ¿no? – de hecho, era la mía – vamos a comer, hoy será necesario – pasos sus dedos por mi cabello peinándolos y después enlazo sus dedos con los míos para llevarme al comedor.

No tuve frio después de muchas noches y recordé que era ajena a ello desde que había estado en la biblioteca. Mi piel se sentía caliente pero no sudaba, raro siendo humana. Camine a la par junto al príncipe y después entendí que lo hacía porque en el comedor estaban cinco mujeres sin contar a su majestad, la reina Breena.

Amapolis me dio una sonrisa de superioridad que se desvaneció cuando vio mi mano con la del príncipe y deduje que el repentino incremento de hostilidad se debió a eso, una nueva guerra.

- Buenas noches príncipe Rae – cantaron ellas en coro.
- Buenas noches – respondió y me sonrió – para las que no tuvieron aun el placer de conocer a lady Lae, mi prometida, se las presento. Lae, ella es lady Trem, a su derecha esta lady Peonia, después lady Calipso y lady Amapolis correspondientemente finalizando con lady Wallena – sonreí pero no incline la cabeza.
- Es un gusto – y pase a sentarme entre Kyle y Rae.
- Oímos que sus majestades fueron a visitar la corte de Verano al funeral de sus anteriores reyes – hablo lady Trem quien tenía un color oscuro y ojos plata en contraste con su trenza rubia a un lado de su cuello.
- ¿Lady Lae también asistió? – pregunto Peonia.
- Era una ceremonia privada solo para los que conocieron a sus majestades – respondí repitiendo mi respuesta anterior.
- Es una pena escuchar que también su joven hija muriera – hablo Amapolis y sentí a Rae tensarse a mi lado.
- La conocía, ¿verdad príncipe Rae? – inquirió Calipso pero Kyle intervino.
- Yo también la conocí, ella era encantadora – mi boca cayo abierta pero nadie pareció notarlo pues todos observaban a Kyle – Aglae no merecía la muerte – murmuro viendo de reojo a su hermano.
- Escuche que tiene cierto parecido con lady Lae – volvió a hablar Amapolis – bueno, me refiero, a su actitud. Callada y obediente – cerré la boca y afronte su mirada consiente de que nunca le había dado esa errada impresión, aunque era verdadera.
- Es cierto que sus majestades no merecían la muerte – hablo la reina

Breena – creedme que nadie se siente más triste en esta mesa por sus muerte que yo – su mirada y postura eran frías, lo que me hizo dudar.

- La princesa Aglae... - continuo Calipso pero Rae la detuvo levantando una mano.

- Fue mi amiga, agradecería que no hablen más de aquello.

- Aunque oí que hubo un incidente – Wallet apareció y para conflicto mío, era una versión en masculino de Wallena, quien ahora sonreía

tímidamente – como las dos coronas de flores apareciendo en la cabeza de la reina Náyade y el rey Magnus antes del fuego – las chicas chillaron.

- Fue en efecto, lo más extraño que he visto en mi vida – confirmo el rey Edelweiss.

- Nadie sabe con exactitud cómo es que paso eso – hablo lady Breena.

- También oí que el guardapelo de la princesa Grainé desapareció después de elevarse en el aire – algo cálido golpeo contra mi cuello y

inconscientemente lleve una mano a aquel lugar confirmando que, por algún misterioso motivo, estaba escondido debajo de mis ropas. Ahogue un grito.

- ¿Lae? – Rae llamo mi atención y tomo mi mano nuevamente entre la suya – ¿pasa algo? – sentí otra vez ese pinchazo de cólera por parte de las damas de la mesa pero sonreí.

- Estoy bien – recosté mi cabeza en su hombro y acaricie su mano con las mías – solo pensé que su mundo es interesante, me alegra – mi corazón comenzó a latir cuando él se inclinó a besar mi frente y para tormento de todos, fue un acto de tanta pureza y amor que todo el mundo aparto la mirada.

- Me alegro también – su voz fue ronca y temí que no le importase que sus padres observaran, solo que cuando beso la punta de mi nariz no me importo, ni aun cuando vi deseo en sus ojos por otra persona, que no era yo.

No duro mucho, la cena, de hecho, fue cansado entre ese tipo de conversaciones superficiales. Me sentí exhausta. La despedida si fue un poco larga y como yo no podía marcharme antes que el príncipe por lo que permanecí fiel a su lado manteniendo una suave sonrisa en mi rostro molesta por las palabras dichas al momento de despedirse en lugar de la cena, insinuaciones pero, suponía que ellas tenían la razón. Su príncipe elfo con una humana, que burla.

Rae tomo mi mano con delicadeza y después de despedirse de sus padres me llevo a paso lento a mi habitación dejando que Kyle paseara alado mío tan tranquilo e impropio para su edad.

- Fue una buena noche – comento Rae e inconscientemente complete en mi interior “para un mal día”. Él la estaba pasando fatal aunque no tanto como yo, quien no había podido ir al funeral de sus padres.

- Si – contemple mis zapatos de tacón.

- Rae, ¿qué me trajiste de la Corte de Verano? – pregunto Kyle.

- No fue un paseo Kyle. Todo “su” reino se siente árido, sin belleza.

- ¿Árido? – la pregunta salió de mi boca antes de detenerme y momentáneamente llame la atención, me arrepentí de inmediato – ¿no debería de ser así?
- La Corte de Verano nunca fue seca, quizá caliente, pero nunca seca – explico Kyle.
- Ahora en cambio se siente como tierra muerta – asintió Rae – te hubiera gustado conocerla antes.

Ah, ahí estaba otra vez. Una conversación casual, como si fuésemos amigos y ambos conociéramos mucho del otro, claro que no era así, sin embargo con el príncipe Rae las cosas eran nuevas. Me tranquilizaba estar a su lado aunque no debería y era tan natural nuestra cercanía a pesar de que yo actuaba como si fuese este mi trabajo.

Las preguntas volvieron a mi cabeza, las palabras cuestionando todo y de inmediato quise saber más pero no dije nada, en cambio me mordí los labios y pensé en otra cosa, solo que no salió como lo tenía exactamente planeado.

- ¿Conocías a la princesa Aglae? – Rae se detuvo y su hermano me vio aterrorizado antes de volver la vista a él.
- Éramos amigos – se apresuró a decir Kyle.
- Hace muchos años – completo Rae y fruncí el ceño. Yo no los conocía y no tenía memorias escondidas ni nada parecido.
- La conocimos en una visita que hicimos en palacio hace siete años – siguió Kyle. Rae respiro y volvimos a caminar.
- Mis padres tenían planeado casarme con Aglae, solo que por algún motivo la reina Náyade se opuso y se distancio un poco con mi madre. Aquel día la encontramos sentada en la biblioteca leyendo ajena a lo que sucedía a su entorno – comenzó a reír – Kyle la molesto un poco quizá mojando su libro, nos hicimos amigos después de que ella me golpeará en la cabeza – y el semblante de su rostro fue nostálgico, recordando lo que había sucedido muchos años atrás, pero nuevamente, yo no recordaba nada de eso.
- ¿Cómo era ella? – pregunte viendo la unión de nuestras manos.
- Cabello de un rubio platino y sus ojos verdes, hermosa y muy parecida a los miembros de su familia. Delgados y con porte de guerreros.
- ¿La amabas? – pregunte de nuevo y él se volvió a verme deteniéndonos al llegar a las puertas de mi cuarto. No titubeo y ni siquiera se vio duda en sus ojos pero se vi amor.
- No – respondió y sonreí.
- La amas – él abrió la boca para responder pero en cambio soltó mi mano y retrocedió un paso.
- Gracias por lo que estás haciendo por mi Lae y en cuanto nos aseguremos de que no eres una espía, te prometo que te dejaremos ir.
- Eso sonó mal – murmure segura de que me había oído. Me incline en una reverencia a sus majestades y entre a mi cuarto, metiéndome al baño, abriendo la ducha y llorando justo antes de que el agua golpeará la

bañera.

Mis padres estaban muertos y yo también.

Capítulo 7

CAPITULO 7. Testigo.

Me sentía adormecida al día siguiente y a los siguientes después de aquella fiesta. Sin darme cuenta había pasado una semana más en la Corte de Invierno estudiando su lengua aunque francamente me era innecesaria pues una vez que me fuera no sería de ayuda para nada. Paso mis mañanas, tardes y noche comiendo con la familia real, conociendo sus costumbres. Las presentaciones se incrementaron con cada visita que se realizaba a palacio, cada vez más expuesta ante la mirada crítica de muchos por ser una humana y en todo ese tiempo solo pase un limitado tiempo con el príncipe Rae, a quien por supuesto me vi evitando inconscientemente, y al parecer, él de igual manera a mí.

No fue hasta que estuve en los aposentos reales, la habitación de los reyes, en presencia de su majestad, la reina Breena, que las preguntas regresaron a mi cabeza. ¿Por qué me tenían encerrada? ¿Lo hacían a propósito? ¿Qué harían para demostrar que yo no era una espía? ¿Planean seguir usándome? ¿Cómo está la Corte de Verano? ¿Por qué siento que sospechan de mí?

- Toma asiento princesa Lae – dijo ella en un tono frío y cortante obligándome a tomar asiento frente a ella contemplando como literalmente su té se volvió hielo ante mi vista - ¿Cómo estas llevando lo de ser la prometida de mi hijo? – pregunto y de alguna manera sentí una fachada, solo que sabía que era cortesía por fuera pero amargura u otra cosa por dentro. Ella era difícil de leer.
- Me esfuerzo, su majestad – respondí viendo mis manos temblar ligeramente por el frío.
- Claro, te esfuerzas. ¿Sabes? Estoy segura de que tienes cosas que preguntarme, princesa – me mordí los labios – te ordeno hacerlo, pregunta – me obligue a respirar.
- ¿Hasta cuándo permaneceré en palacio fingiendo ser algo que no soy? – ella rio después de que yo levantara la mirada, claro que fue más por su magnetismo que por conciencia propia, inevitable.
- Eso lo decidirá el príncipe Rae, después de todo fue él quien la metió en este problema – me observo midiéndome – y es él quien requiere de esto. Rae niega a casarse, mucho más desde que fallecieron los reyes de la Corte de Verano.
- Entonces se lo preguntare a él.
- Si, pregúntale cual es el motivo detrás de su decisión. Quizá te lo cuente si insistes, Lae – una ventisca se coló por detrás de mi cuello y retrocedí la mirada impactada viendo como una muñeca de mi tamaño, transparente, desaparecía entre escarcha helada, sonriendo - ¿De dónde vienes, princesa? – me pregunto. Regrese mi mirada antes de contestar.
- Londres.

- ¿Tus padres? – trague la saliva espesa y hable.
- Muertos.
- Ah, imagino que por ese motivo no tienes apuro en regresar. Después de todo tienes lo que ninguna humana podría tener en nuestro mundo.
- Estoy muy agradecida, su majestad.
- Pero siento que mientes. Francamente ya habría entrado en tu cabeza de no ser por Kyle. Él dice que no debo importunar en tu mente, que todo, se revelara con el tiempo – volví a tragar en seco asentando las palabras que había dicho. “Se revelara”. Y entonces me ejecutarían, por ley. Yo no debía de quedarme aquí para ese tiempo.

Después de que llamaran a la puerta la reina dejó que me fuera, así lo hice. Camine por los pasillos aturdida, distraída en la vida que estaba siendo controlada y soñando con viajar a algún lado en donde encaje, pero no me sentía exactamente con ganas de probar esos sueños, no ahora después de la muerte de mis padres, no después de la adelantada coronación y boda de mi hermana, no después de que posiblemente mi hermano fuera enviado a pelear adelante en el ejercito de Corte de Verano pues también era probable que mi antigua corte esté planeando pagar tazas rotas con la corte oscura.

Llegue al invernadero, algo que recientemente había descubierto. Era grande y espaciosos, todo era verde y curiosamente me hacía recordar un poco a mi hogar pero, claro que no había ninguna flor que reconociese, eso me aturdía.

Me detuve cuando me di cuenta de que no era la única en aquel lugar sino que su majestad, el príncipe Rae, permanecía de pie con una chica y aunque parecía que entablaban una ridícula pelea que solo los elfos pueden mantener, se veía como un baile, cierta química que me molesto por nada en peculiar, al menos no algo tan tonto como celos aunque era una negación, siempre había deseado poder ser capaz de moverme así.

Ella lo esquivo meciendo su larga trenza hacia un lado y volvió a empuñar su espada. Él dejó un hueco que ella aprovecho pero no había sido más que una finta y ella calló de lleno.

La chica trato de retroceder pero el golpe fue fuerte en su muñeca. Rae tiro su espada pero ella enlazo sus piernas en su cintura y los tiro a ambos hacia atrás enmarañando sus cuerpos como lazos.

De repente retrocedí al ver en la posición en la que estaban, él abajo respirando jadeante con la espada a un lado suyo. Ella dominante sobre el con su rostro rojo y a unos centímetros del suyo con sus respiraciones en vahos blancos. Con los ojos fijos en el otro y con...

- Rae – chilló una voccecita y saltó como tonta por la sorpresa. Kyle estaba molesto a mi lado contemplándolos. Yo completamente fuera de mí con la

boca abierta y estaba segura de que con algún rubor en mi cara - ¿Qué haces?

- Peleando Kyle – Rae se giró hacia su hermano y me vio. Fue extraño aquel instante que pareció detenerse, en el que ambos permanecemos viéndonos. Aparte la mirada primera bajándola y retomando mi control, mi sistema ajeno al mundo - ¿Qué haces tú aquí? – la chica se levantó y él también lo hizo.

- Vi... algo – le dirigió una mirada a la chica y ella sonrió desafiante aunque por fuera lucía como una sonrisa cortes – de todas maneras, creo que teníamos una cita – encaro a su hermano de nuevo.

- Sí, pero – suspiro – bien, si quieres la cita ahora mismo, bien – se acercó hacia nosotros y después volvió a verme pero no sonrió, en cambio, vi cierto dolor en sus ojos. *Ah, ¿desde cuándo le mantengo la mirada?*

- Si me disculpan, sus majestades – me incline retrocediendo un paso pero Kyle me detuvo sin despegar la mirada de su hermano.

- También vendrás Lae, es una cita de tres – miro a la chica – sin intrusos – ella se inclinó y me pareció descortés que él la tratara de esa manera, pero, no fui la única que pensó eso.

- Deja de ser así con Sifione – hablo Rae.

- Una guerrera, bien si pueden pelear entre ustedes está perfecto pero, con público, no. Haganlo en privado Rae.

- ¿De que estas tan molesto?

- Sifione, retírate – ordeno Kyle y ella se marchó no sin antes dedicarme una mirada, igual, de desprecio. Solté un suspiro y luego me retracte. Los príncipes se giraron a verme y volví a bajar la cabeza sintiéndome como una tonta.

- ¿Por qué ese suspiro Lae? – pregunto Rae cortes, aun así seguía sin sonreír, o al menos como lo había hecho con esa chica.

- No estoy segura, su majestad – él apretó la mandíbula.

- No deberías de jugar Rae – volvió a hablar Kyle antes de darme una pequeña mirada de aprecio tomando mi mano con más fuerza – si tú no sabes apreciar lo que tienes después no vengas a pelear conmigo por ganármelo.

- ¿De qué hablas Kyle?

- De ella – me señalo con la cabeza y sonrió – hay cosas que no sabes – me soltó y comenzó a caminar – vámonos, tenemos planes para hoy.

He de admitir que al inicio no entendí muy bien porque los vestidos, porque la capa y porque los guantes me fueron entregados. Claro que después, cuando nos encontrábamos caminando entre las casas blancas, las tiendas de ropa en el mercado, la comida que mantenía su calor a pesar del frío, lo comprendí.

Tenía la ropa que comúnmente usaba el pueblo y fue mi primer conjunto que no era nada glamuroso, eso me sentó muy bien.

Rae también vestía con ropa común, un pantalón negro, no muy diferente a lo que usaba, y una capa blanca afelpada que cubría parte de su cuello, algo menos lindo que lo que llevaba Kyle con esos colores claros que resaltaban su cabello.

Caminamos un poco y después nos detuvimos en lo que parecía una casa de té. Me sorprendió la similitud que tenía con las tiendas humanas pero lo deje pasar porque estaba segura de que en las tiendas humanas no tenían pixis sirviéndote. A una dríada bailando o a algún Selíee en la mesa de tu vecino.

- Y ¿Cómo es? – volví a prestar atención a las palabras sin comprender su significado. Mire los ojos de Kyle esperando que me repitiese la pregunta de Rae pero él solo estaba viendo sus manos imitándome, como yo lo hacía tan a menudo.

- Disculpe su majestad, no estaba escuchando – baje la mirada viendo de reojo como sus manos se cerraban en puños, consciente de que él se sentía molesto estando conmigo y que por aquello me estaba ignorando en palacio.

- ¿Cómo es el mundo humano? – levante la mirada.

- Es... no es mágico como su mundo.

- Sabes que no es a eso a lo que me refiero – mire mis manos de nuevo.

- Hay de todo tipo de personas, las que son alegres, las que son renegonas, las que poco les importa todo y las que viven amando lo que quieren. Los humanos no son muy diferentes de los elfos, ni su mundo es muy diferente al mío.

- ¿Cómo era tu mundo?

- Bueno – levante la cabeza sonriendo – alegre de hecho. Mi familia siempre fue perfecta, aunque claro que tenían sus preocupaciones pero me querían mucho, nos queríamos mucho pero... supongo que no todos me querían. Siempre he sido un poco ajena a mi entorno – *por elección propia* – y solía alejarme de la gente – *como lo hago ahora* – imagino que por eso me odiaban – *no, eso solo era un bonus* – pero me gusta más “aquí”.

- Tonta – Kyle me paso un pequeño pastel en forma de luna con relleno y vio a su hermano – sabes, imagino que te habrás dado cuenta de que Rae estaba coqueteando con Sifione, ¿no? – Rae se atraganto y yo abrí mi boca por la sorpresa pero él continuo – es por culpa de su amor no correspondido. Rae ya te dijo que estaba enamorado de Aglae, la princesa de la Corte de Verano, eso es falso. Cuando un elfo se enamora es para toda la vida. Él nunca dejara de quererla, así que en parte es una maldición. Rae es tonto.

- Oye, Kyle.

- Siempre, desde que conoció a Aglae a estado tomándosela a la ligera con Sifione, jugando de manera en que solo lo lastimaba y le daba falsas esperanzas a ella de convertirse en reina. Claro, nuestro pueblo la apoya pero está mal. Estos días han sido peor. Creo que si va a seguir jugando

así solo debe de dejarte ir de una buena vez Lae, princesa humana.

Abrí mi boca para decirle que se detenga pero no salió ni una sola palabra. Me quede en blanco cuando esos ojos celestes se plantaron en los míos, más maduros de lo que en realidad era, unos ojos que me habían descubierto, un secreto que planeaba ocultar por siempre pero había verdad en sus ojos. Él me había descubierto y me estaba encubriendo.

- Lo lamento Lae, de hecho, ya falta muy poco para que tu...
- Lo sé – sonreí – y gracias – *tengo que huir*.
- Se fuerte, Aglae – lo oí, fue un susurro pero lo oí.
- Si.

Solo que no pensé que lo dijera en otro sentido. Ni siquiera lo imagine, los problemas en los que estaría.

Capítulo 8

CAPITULO 8. Problemas.

Hace unos días tuve otro sueño, creo que fue el tercero o cuarto, quizá, desde que llegue a la tierra de la Corte de Invierno.

En mi sueño yo veía un claro congelado en un bosque que no conocía pero se me hacía familiar. Presenciaba un amanecer cuando de repente una nube obstruye mi visión. Me molesto porque en el preciso momento en el que el sol alcanza su cúspide esa sombra gigante me observa y ruge, gruñe, como si tratara de hablar con una lengua áspera y gutural. Parpadee tratando de aclarar mi visión ya que de alguna manera aquella sombra brillaba pero justo antes de entender lo que veía, de recordarlo siquiera, cambio de sueño, al mismo que ido teniendo las últimas tres veces que soñé, como hoy.

Veo una cara conocida, unas insignias con mucho significado en la ropa del hombre y su sonrisa felina con una nueva adquirida marca, una cicatriz pequeña debajo de su labio inferior, sin embargo me es imposible ubicarlo.

Él está parado delante de mí riendo y de algún modo yo estoy molesta, él retrocede como si quisiera huir y yo lo sigo, aun furiosa hasta que se vuelve una persecución.

Mis zapatos resuenan en el palacio solo que el suelo no es de granito de oro sino que es como espejos empañados. Olvido eso y sigo corriendo confundida por la seguridad de saber a dónde me dirijo, ansiosa de perseguir.

Las puertas están abiertas y una mariposa, una mariposa que conozco también, una Aglais io, una mariposa de pavo real que aparece en verano y representa a mi familia, una mariposa que vuela y se suspende delante mío hasta posarse en el cetro de las estaciones. Luego da una vuelta, esta desaparece y la mariposa sale por una ventana grande que ahora está rota.

La mariposa es perseguida y hasta casi quemada justo cuando aparece una sombra más delante de ella y, la atrapa entre sus manos. Cautiva.

Recuerdo repentinamente cuando despierto el brillo de aquel aleteo, de sus naranjas y negros hasta creer yo, supongo, marchitarse. No se puede coger una mariposa porque muere.

Hoy en palacio se recibirá una visita de parte de la Corte de Verano por lo que no puedo estar más ansiosa ya que si alguien logra reconocermé,

estoy perdida.

Me entere hace unos días por parte de Kyle quien de alguna manera se hacía al tonto cada vez que le preguntaba por el motivo que lo hacía encubrirme y no delatar que tienen viven a una princesa de una corte rival en su palacio. Kyle me dijo de la visita y me advirtió de tener un plan de respaldo, inclusive ahora me sorprendía de la madures y la parte infantil que gobernaban su pequeño cuerpo.

Bueno, como lo advirtió hice un plan de respaldo por si me descubrían. Apenas ayer había comprobado la salida de las tierras de la Corte de Invierno por el bosque, algo muy similar a como había huido de casa. Había recorrido el palacio y había descubierto pasillos que nadie custodiaba, forme un circuito y sin más ya estaba lista en caso de que algo malo sucediese.

Me vestí rápido colocándole una capa traslucida sobre el vestido de seda blanca con piedras azules. Los zapatos sonaron cuando camine rápidamente a encontrarme Indiga. Ella aliso mi cabello antes de darme una mirada seria y a continuación abrió las puertas del salón principal. Rae me esperaba adentro listo para escoltarme, Kyle permanecía tenso alado de la reina Breena y el rey Edelweiss. Caminamos hacia la gran mesa del comedor.

Para ser sincera eran muy pocos los que conocían como me veía sin el glamour que me otorgaban en la Corte de Verano. Mi familia y algunos otros más, entre ellos la persona sentada en la mesa, con esa mirada fría y calculadora. Valentine.

Él permanecía sentado charlando con el rey de la Corte de Invierno ignorando deliberadamente a la reina Breena pero ella no parecía inmutarse con aquello, por lo contrario, mostraba una sonrisa de suficiencia conversando con otra persona. Un muchacho de cabello claro, un rubio y unos ojos verdes chispeantes, como lo tienen todos de la descendencia de la Corte de Verano.

Antes me habían informado que tendríamos visitas de mi antigua corte sin embargo ninguno me había insinuado siquiera la presencia de un príncipe.

Rae tiro de mi hacia adelante haciéndome dar cuenta de que me había detenido. Puse cara de póker tratando de disimular mi furia, sorpresa y cariño y de aquella manera llegamos a la mesa al compás de los latidos de mi corazón y un fuerte agarre en el brazo del príncipe.

-Buenas tardes – saludo Rae. Los ojos se voltearon hacia nosotros y me sentí exprimida, no me atrevía a mantener la mirada en nadie. Mi cabeza martilleaba y me sentía mareada – es un placer recibirlos, príncipe Kalay y

canciller Valentine – apreté la mandíbula por el nuevo título.

- Príncipe Rae, es un gusto al fin conocerlo – fue el saludo de Valentine – y esta hermosa muchacha es...

- Es mí prometida cançiller. Lae, saluda a nuestros invitados – vi como las manos de mi hermano se apretaron en puños y sin darme cuenta de que hacía, levante la mirada. Fue horrible.

- Mucho gusto, soy, la prometida del príncipe Rae, pueden llamarme Lae – mi nombre coincidió cuando Kalay lo pronuncio en voz baja y sentí a Rae tensarse a mi lado, por lo visto lo había notado.

- Que gusto que el príncipe Rae haya conseguido una bella prometida – sonrió Valentine y choque con sus ojos, con la malicia detrás de ellos. Me había reconocido.

- Tomen asiento – hablo el rey Edelweiss y así lo hicimos.

- Me causa curiosidad su majestad – volvió a hablar Valentine – pero ¿de dónde viene la princesa prometida?

- Del mundo humano Valentine, Londres, para ser exactos – respondió el rey.

- Interesante, igual, ¿cómo conoció al príncipe? – ahora la pregunta fue para mí.

- Me salvo la vida – respondí – fui atacada en lo que llaman “la Corte de Verano”.

- Desafortunado.

- ¿Te salvo la vida? – pregunto Kalay y me tense antes de formar otra nueva sonrisa. Al menos él debía de conocer la verdad y si ahora se había dado cuenta no me delataría.

- Fui cazada, príncipe, atacada con una espada negra y sobreviví, imagino que por ser humana.

- ¿Elfos de la corte oscura? – negué con la cabeza suavemente - ¿Cómo estas ahora?

- Como usted vera, me encuentro bien.

- Hmpt – la reina Breena se aclaró la voz – como iba preguntando príncipe Kalay, ¿Cómo se encuentra la reina Summer?

- Ella lo está haciendo bien.

- ¿Qué te sucede? – pregunto Rae despacio después de tomarme fuertemente de la mano.

- Nada, su majestad – él frunció el ceño y soltó un suspiro.

- Tranquila, no sucedera nada – levanto mi mano y la beso. Todos callaron y me sentí como una traidora por los latidos rápidos de mi corazón. Por engañarlo, por... todo.

- Valla, esa fue una tierna muestra de afecto – hablo por primera vez Kyle. Me sonroje sin siquiera quererlo y no logrando controlarlo. Baje la cabeza pero de alguna manera sentí calor provenir del príncipe Rae – tendrán un buen futuro juntos – levante la cabeza hacia Rae y contemple como sus orejas se teñían de un profundo rojo pero aun así se negó a soltar mi mano. *Fue, tierno.*

- Bueno – la reina Breena se aclaró la voz – volviendo a nuestros asuntos, esperamos encontrarnos con la reina Summer en la próxima entrega del cetro. Este año la reina Morgana de la Corte de Primavera promete un

gran espectáculo.

- Mi reina se sentirá honrada de encontrarse con vosotros – hablo Kalay pero hubo algo en su mirada, quizá, lo pareció porque desde ese instante, evadió mi mirada.

En lo que transcurrió de la comida, los paseos incómodos y encuentros con mi hermano siempre me evito. Apretaba constantemente la mandíbula, cerraba los puños con fuerza y corría diciendo tener otras cosas que hacer. Claro que Rae se dio cuenta y anduvo molesto conmigo, sin embargo no me pidió ninguna explicación, lo que me pareció peor ya que lucía como si fuese a explotar en cualquier momento.

Kalay me evitaba quizá tan bien como yo evadía a Valentine. Fue una suerte que más tarde al fin haya logrado un hueco para huir de todo el mundo. Me sentía enferma y sin darme cuenta me encontré a mí misma vagando en el bosque, el que había llamado tanto mi atención el primer día.

Después de caminar un rato me detuve y me recosté al pie de un árbol viejo y nudoso. Bien, hacía frío pero ya me había aclimatado a la temperatura de la Corte de Invierno, sin embargo, en aquella zona donde estaba sentada podía contemplar como el vaho de mi aliento se hacía más puro y blanco al chocar contra el clima.

La blancura del bosque me llevo a pensar nuevamente en la muerte de mis padres y dentro muy poco, si es que a Valentine se le ocurría hablar de mí, quizá también mi muerte.

Fue cuando contemple mis posibilidades de sobrevivencia que oí un rugido y me levante asustada. Una ventisca helada soplo y tiro mi cabello hacia adelante obstruyendo mi vista. La aparte por algún extraño motivo nerviosa y entonces me di cuenta del leve crujido de los árboles, del temblor del suelo y de algo cálido que se había instalado detrás mío.

Su respiración movía las prendas que vestía e inconscientemente seguía enviando mi cabello hacia mi cara. Un ronroneo suave y profundo era fácil de identificar pero la pregunta era, ¿a qué criatura le pertenecía?

Me gire lentamente.

Nunca estuve tan nerviosa en mi vida, tanto como para que mis manos tiemblen y sienta el corazón bombardear contra mi pecho, pero claro que me extraño que superara a mi reacción cuando murieron mis padres.

Al inicio no entendí porque era tan grande, porque tenía escamas y una hocico largo que al final era adornado por colmillos del tamaño de mis manos. Tampoco entendí porque era blando y parecía reflejar la luz del sol haciéndolo lucir como un espejismo o si quiera, esos profundo ojos azules

con una hendidura en el centro dividiéndolo. Un dragón.

- Prin-ce-sa – ronroneo y exclame un grito ahogado mientras que me tapaba la boca con ambas manos.
- Eres – mi voz tembló y lo contemple de nuevo, si, era un dragón - ¿Cómo es que, aun existe...?
- Prin-ce-sa - ronroneo de nuevo y cerró los ojos cuando trate de poner una mano al frente de su hocico, él era cálido.
- Imposible.
- Oh, querida princesa – me gire aturdida y rápido a oír la voz de Valentine para después volver a girar hacia el dragón que había desaparecido por completo – al fin te encuentro – salió del bosque sonriendo con malicia – no puedo creer que aguante este clima, solo con un abrigo no será suficiente, ¿verdad?
- Valentine... - gruñí.
- Vamos princesa Aglae, no se enoje. Oh, disculpe, creo que es solo “Lae” – volvió a reír.
- ¿Qué es lo que quieres? – me puse recta y me observo unos segundos antes de responder.
- Cooperación.
- ¿Contigo? No me hagas reír.
- No su majestad - imito mi humor - Como dije, cooperación. Imagino que a usted le interesa el bienestar de su hermano menor y de la reina Summer, ¿verdad? Ya sabe, tengo muchos de los míos en palacio – no mostré expresión alguna y eso lo fastidio pero lo ignoro y continúo con su discurso. *Yo lo iba a matar* – así que le pido un favor por un favor.
- ¿Y cuál sería ese favor?
- Simple. Incriminarse de robar el cetro de las estaciones.
- Imposible.
- Vamos, no se apure en su decisión, princesa – reviso su reloj y volvió a sonreír – esto será beneficioso para ambos.
- ¿Por qué sería...?
- No se apresure, como ya le dije.
- ¿Para eso viniste a la Corte de Invierno?
- Si, un plan bien preparado. Quizá le interesaría aceptar mi oferta ya que su hermano ahora mismo está robando el cetro de las estaciones y ups, cuando se enteren de que el cetro y el príncipe Kalay han desaparecido, se llegaran a conclusiones y por ende habrá un gran guerra entre cortes... Será divertido ver quienes prevalecerán.

Abrí mi boca para responderle pero el señalo su muñeca, en donde permanecía su reloj en un constante tic-tac y eso fue más que suficiente para hacer que mis piernas se movieran por si solas.

Me encontré corriendo por los pasillos de palacio como una loca, doblando las esquinas y sin nada de etiqueta real, ni siquiera respondí a esos fríos

saludos que me enviaban los guardias y personal del hogar de Rae.

Abrí la puerta del gran salón del cetro y no me resulto para nada extraño encontrar inconscientes a todos los guardias con las caras llenas de rubor, un rubor que no le pertenecía a los miembros de la Corte de Invierno.

Oí una breve risa y cuando levante la mirada furiosa por ser una humana y el maldito de Valentine, por ser un elfo, comprendí que él solo había corrido y llegado antes que yo para deleitarse con mi expresión en un morboso placer.

Lo ignore cuando encontré a Kalay con la mirada y comprendí y recordé muchas más reglas sobre ese cetro que francamente, debería.

Mi hermano me observo triste, apagado y frunció los labios conteniendo una mueca y las ganas de llorar. Yo conocía a mi hermano y por su expresión vi como se había visto obligado a obedecer a Valentine. Supe que esto era más grande que una pelea entre las cortes, que un reino que se iba a romper por completo pero me negué a creer. Sea lo que sea con lo que habían amenazado a mi hermano menor no lo valdría si todo nuestro mundo desaparecía. Él debía de aprender a sacrificar unas cuantas cosas para proteger a un reino y aun peor, a los demás reinos.

- Deja eso Kalay – hable, mi voz suave y convincente, la voz de una princesa, algo que ahora ya no era.

- Oh, mi querido príncipe Kalay, dividido entre el amor y la responsabilidad – se burló Valentine mientras que acariciaba a mi hermano como si fuese un cachorro.

- No sabía que estabas viva Aglae – Kalay intento forzar una sonrisa – me alegro. Creo que podrás cumplir la última voluntad de nuestros padres.

- ¿Última voluntad? – pregunto Valentine interesado.

- Huir – respondí antes de que insistiera más.

- Ideal teniendo en cuenta que no influyes en nuestro mundo y pues, eres humana, cariño. Una humana que extrañamente sobrevivió – arquea una ceja.

- Lo siento por decepcionarte así, Aglae.

- No lo hagas Kalay, podemos solucionarlo – comencé a hablar pero fui cortada por una estridente risa. Volví a mirar furiosa a Valentine.

- Me cabe recordaros, princesa, que usted está muerta y si revela la verdad, igual, estará muerta. Será divertido ver la cara de la reina Breena al enterarse que tenían a un miembro de la Corte de Verano en su casa cuando empieza la guerra.

- Podemos detener esto – insistí sin despegar mis ojos de Kalay.

- No hermana, perdón, ya empezó.

Sus dedos que hace cosa de nada, esos dedos que solo sostenían el cetro sin levantarlo apretaron con más fuerza y un brillo se coló debajo del hielo

en donde permanecía de pie, conectada a la estación de invierno.

La montaña que sostenía el cetro se fragmento y cayó en pedazos de cristal líquido al suelo hasta derretirse. El brillo ilumino como corrientes de electricidad por todo lo que alcance ver y se extendió dando aviso a lo inevitable. El cetro había sido robado.

Se oyó un grito de guerra afuera de las puerta del salón del cetro y Valentine feliz rompió la ventana que con anterioridad había contemplado, me dio una última mirada dándome a entender su plan para salvar a mi reino y desapareció justo antes de que Kalay también saltase hacia la ventana pero permaneciese quieto dudando en lo que debía de hacer.

- ¡Vete! – grite y él me miro. Después señalo hacia su tobillo y dibujo una cruz en el pecho, sus manos fueron hacia su hombro izquierdo, ambos a la vez y solo una mano continuo hasta señalarse un ojo con dos dedos y terminar con una V sobre su nariz.

- Te quiero – murmuro y salto.

- Rayos – murmure cuando lo entendí y rápidamente me puse a trepar la pared hasta alcanzar los cinco metros a donde se encontraba la ventana.

- Detente – ingresaron los guardias después de la reina Brenna y el rey Edelweiss – princesa Lae, devuelva el cetro y sus ofensas... - no continuo porque no podía darse el lujo de dar una promesa tonta. Rae apareció detrás de ellos cansado junto a Kyle y ambos me observaron sorprendidos. Me odie a mí misma por traicionarlos.

- Lo lamento, sus majestades – me incline levemente.

- ¡Deténganla!

Salte sin ponerme a pensar en la distancia que tendría que correr pues yo debía de escapar rápidamente de ahí.

Ese “huye” de mis padres me había llevado a un montón de cosas. Entre ellas, correr del palacio de la Corte de Invierno, perseguida por elfos capas azules y probablemente, cazada de nuevo.

El suelo tembló ante el poder de la ira de los reyes pero amortiguo mi caída el repentino cumulo de nieve debajo mío.

Me levante y corrí hacia el bosque.

Una espada pasó zumbando por mi mejilla al ser arrojada por un elfo aun dentro de palacio pero sería imposible para mí si es que por algún motivo alguno de ellos era excepcionalmente rápido como Valentine. Rece porque no tuviesen ese tipo de habilidades.

Me metí al bosque y saque rápidamente mi mochila escondida con

anterioridad.

Maldije por no poder usar la daga aun para salir de este embrollo pero no tuve tiempo para eso cuando alguien me embisto por detrás golpeándome contra el árbol más cercano haciéndome volar unos considerables metros.

No pude reincorporarme pero entendí su lengua de la Corte de Invierno exigiendo devolver el cetro pero, maldición que ellos no estaban pensando.

Volvió a golpearme con fuerza en el costado y grite de dolor cuando caí contra el mismo árbol una segunda vez.

- El cetro.
- No... - gemí y abrí los ojos a duras penas – deberías, llevarme a tus reyes. No, reclamar, el cetro – volvió a golpearme.
- ¡Rápido!
- No... - una luz más me cegó y el agarre en mi vestido se aflojo cuando el elfo fue derribado y sus ojos se tornaron de color negro. Un elfo oscuro muerto frente a mí.
- Si Lae, muy inteligente eso de huir – me doble en dos cuando me percate del dolor en mi vientre y un Rae que cogía mi mochila humana con curiosidad. Él me había descubierto.
- Prin-ci-pe.
- Pero tú, no puedes tener el cetro aun así conoces al que se lo llevo, ¿verdad? – me pare gimiendo y llendo por mi maleta molesta de que sea él. Rae no retrocedió y dejo que cogiera lo que me pertenecía sin embargo no lo soltó y no se movió. Eso me molesto aún mas – seguiré preguntando y te retendré hasta que lleguen los guardias si es que no vas a contestarme – mire al guardia que ahora ya hacia sin vida en el suelo y se me revolvió el estómago al ver las venas azules y manchas moradas debajo de los ojos.
- Lo conozco – acepte y comenzó un pequeño zumbido al fondo de mi cráneo, casi no se sentía si no me concentraba.
- Bien, entonces imagino que tendrás un plan, ¿o me equivoco? Porque, de algún modo no parece que simplemente quieras huir...
- Basta, por favor, príncipe – estaba leyendo mi mente, buscando respuestas, eso no era bueno.
- ¿Detenerme con qué?
- Hurgar en mi mente. Yo, le responderé.
- Bien – se cruzó de brazos y espero después de soltar mi mochila.
- Sé que extorsionaron al príncipe Kalay para robarse el cetro de las estaciones, pero el cetro no puede llegar simplemente a la Corte de Verano o a alguna otra corte así que la llevaron al mundo humano. Yo – lo mire fijamente, como muy pocas veces lo había hecho, de tal manera en que supiera que yo no mentía y se atreviese a ponerme a prueba entrando nuevamente a mi cabeza – se a dónde se llevaron el cetro.
- ¿Lo sabes? – arquea una ceja intrigado.

- Si, por eso pienso ir a recuperar el cetro.
- ¿Sola? ¿Qué ganarías si lo recuperas?
- Salvar a un amigo y a su nación.
- Amigo – repitió sin creérselo pero lo acepto y soltó un largo suspiro - ¿Dónde está el cetro? ¿Sabes exactamente el lugar en donde está escondido?
- Se el lugar pero no exactamente.
- Entonces necesitaremos un rastreador – el príncipe comenzó a caminar en dirección hacia el noroeste, hacia los caballos que por algún extraño motivo estaban a lado árbol. Ambos como el día y la noche con sus veteados colores entre dorados y negros.
- No vendrá conmigo, ¿verdad?
- Eso planeo hacer.
- Pero – volví a reprochar sin embargo escogió al caballo de veteado negro y me dejo el otro a mí.
- Hay que apresurarse antes de que se enteren y nos encuentren.
- Usted no puede...
- ¿Le estas dando órdenes a un príncipe?
- No era mi intención, su majestad, pero...
- Hablaremos después – me señalo con la cabeza el claro por donde aún se divisaba el palacio y a una horda de guardias que corrían hacia nosotros – y colócate eso – una capa de satén negro. Me la coloque y subí al caballo maldiciendo internamente, justo antes de que los animales comenzaran a avanzar.

De alguna manera mi huida se había visto involucrada con el príncipe Rae, y por el mismo motivo, aunque sonaba ridículo, él lideraba la marcha, que fue más deprisa cuando encontramos un sendero libre de árboles y perfecto para un paseo nocturno.

La montura del caballo se sintió incomoda a medida en que transcurrimos el tiempo. Primero una hora sin darme explicación alguna y después de aquello mi irritación sin medida siendo controlada, o al menos hasta que nos detuvimos una hora más tarde de la primera. Yo con el trasero adolorido y él todo regio, eso me molesto aún más, sobretodo porque yo tenía frio y él no.

- ¿De dónde salieron los caballos? – pregunte y él reviso las provisiones que llevaba en una bolsa que había atada en su caballo.
- Kyle planeo que nuestra huida de palacio fuera ligeramente más rápida, yo podía haber corrido pero para la princesa humana, no es algo tan fácil de realizar.
- Puedo correr – masculle entre dientes.
- Sí, pero no como los elfos. ¿No te has preguntado porque ningún guardia nos había alcanzado o intersectado? – apreté los labios con ganas de gritarle pero no estaba en posición de aquello.
- Kyle los retuvo – deduje.
- Exacto. Él vio venir este futuro y me pidió alcanzarte y ayudarte en el

sendero, pero de alguna manera aun no estoy seguro de confiar en ti, las visiones de Kyle pueden ser malinterpretadas.

- ¿Qué tipo de visión tubo? – pregunte y el príncipe se ruborizo, no como cuando solo las orejas se te colorean sino que su piel adquirió un ligero tono rosa y si, la punta de las orejas de un rojo brillante, aquello me desconcertó aún más.

- Él... bueno, no creo que pase así que, el futuro puede cambiar – apreté los labios de nuevo. Kyle era de los que no se equivocaban, imagino que por eso siempre están atentos a las palabras del príncipe menor.

- Kyle te pidió que me acompañaras, si, deberá tener un motivo – Rae asintió – pero, ¿Qué hacemos aquí?

- Dije que necesitábamos un rastreador – un zumbido se sintió en la base de mi cráneo, muy diferente a cuando Rae había leído mis pensamientos, sino más como adolorido, entumecido y sin darme cuenta de la rapidez con la que me había movido alcance a ver como una flecha que zumbaba pasando rosando mi cabeza hasta plantarse en un árbol.

- Basta Calíope – se precipito Rae y en un segundo más él la tenía fuertemente sujeta de los brazos. La mismísima Calíope de las tierras fronterizas. Como siempre los bosques de la tierra de las hadas se hacía más corto o más largo, tan quisquilloso como un niño pequeño – es solo Lae, no es ninguna sospechosa – ella dejo de forcejear y se tranquilizó.

- Sabía quién era – se irguió cuando él la soltó.

- No es bonito casi ser asesinada por una flecha y quedar como una brocheta – comente y tanto Rae como Calíope se giraron intrigados por mi comentario sarcástico. Me retracte de inmediato – lo siento mucho – baje la mirada.

- Lae tiene razón, si sabias quien era ¿por qué fue la flecha?

- Simplemente no me agrada mucho la princesa Lae, y sabes por qué Rae – él suspiro y ella sonrió triunfante tan bella como la recordaba con la diferencia de que tenía ropa de cazadora hecha en cuero moldeando su cuerpo a la perfección.

- ¿Qué haces lejos de tu hogar, Calíope? – pregunto Rae.

- Venía a cazar – me di cuenta del arco que llevaba en el hombro y el calaje de flechas en conjunto antes de divisar un par de conejos muertos que le colgaban del otro hombro. Me guarde mis comentarios – ¿y ustedes?

- Iré a cambiarme – anuncie y me escondí detrás de unos árboles para desprenderme del vestido y ponerme la ropa humana que me habían hecho.

Estaba oscuro, hoy no había luna y aun peor, el cielo casi siempre nublado de la Corte de Invierno prácticamente me dejaba a ciegas, aunque estoy segura de que ese no era el caso con los ojos de los seres mágicos de estas tierras, inclusive Rae podía observar bien en la noche ya que los elfos estaban programados de esa manera.

El viento helado choco contra mi piel cuando me desnude y me estremecí sin querer provocando frio y temblores por mi cuerpo en lo que me

colocaba la ropa humana que abrigaba más que un vestido.

Me pregunte qué sucedería después, si el bosque nos ayudaría haciendo el camino más corto o se alargaría. Me sentí mal pues nuestro viaje podía alargarse hasta dos días o terminar en una hora más y obviamente el bosque había traído a Calíope a nosotros. Al menos yo esperaba que el bosque siguiera ayudándonos.

Regrese temblando y guarde silencio situándome al lado de mi caballo. Fuera del castillo definitivamente hacia más frío que adentro. Me ajuste la capa y espere a que esos dos terminaran con su charla, algo que no duro mucho mientras que recorde con malestar el dolor en mi costado. Lo ignoraría.

Rae asintió con la cabeza cuando me vio y se subió a su caballo seguido por Calíope, quien fue detrás suyo y yo me subí al mío aun temblando, odiando antes de empezar nuevamente nuestro viaje. Sin hablar ni pensar en abandonar al príncipe. Comenzamos a avanzar.

Entonces me gustaría saber el motivo por el que sabes hacia donde se llevaron el cetro – hablo Calíope al mismo tiempo en que se acurrucaba en la espalda de Rae. No es que yo estuviese celosa pero me incomodo la situación obligándome a ver hacia otro lado.

- Intuición – respondí.

- Mentira – sonrió ella y yo apreté los labios furiosa - *¿Cómo conocías al príncipe Kalay?* – creo que la pregunta era, *¿qué exactamente le había contado Rae sobre lo que paso?*

- También quisiera saber eso – intervino el príncipe pero no respondí.

- Tu silencio significa que escondes algo. ¿No serás una espía de la Corte de Verano?

- Si fuese una espía entonces al momento del ataque hubiera simplemente huido.

- Podrías haberlo hecho si Rae no te hubiese interceptado – siguió Calíope.

- Kyle le hubiese mandado a detenerme entonces y no acompañarme – apunte.

- Bien, pero seguimos sin confiar en ti.

- Está bien, no necesitaba que me acompañen, de todas maneras pensaba traer el cetro de vuelta – tirite.

- ¿Por qué? – pregunto esta vez Rae y lo observe un momento antes de responder.

- Porque Kalay no podría vivir con la conciencia de haber destruido su mundo y el humano. No quiero eso para él, y no quiero que haya destrucción.

- Bien. No sé qué relación tengas con él pero parece verdadera y por ahora. Detente – detuve mi caballo y el hizo lo mismo con el suyo – ven conmigo, estas tiritando mucho.

Siempre tan caballero Rae – suspiro Calíope y se bajó de su caballo –

¿planeas moverte? – me señalo y yo baje también de mi caballo.

- Ven adelante – obedecí más que nada porque en verdad tenía frio y fue extraño. Antes me había tomado de la mano, me había besado en la mejilla y estaba cerca de él pero esa nueva faceta, ser prácticamente rodeada con sus brazos y sentir su respiración en mi cabello, fue, extraño – vámonos – volvió a poner en marcha al corcel y Calíope lo imito.

El trote fue suave a medida de que avanzábamos dándome tiempo de descansar. Cerré los ojos y no le di mucha importancia al hecho de que me sentía segura estando en aquella posición.

El frio había desaparecido por completo y el pelaje del caballo bajo mis manos fue reconfortante. Descanse mi cabeza en el pecho de Rae y escuche, su corazón, fuerte y calmado. Me di el lujo de volver a soñar.

Capítulo 9

CAPITULO 9. Celos.

Cupido cumplió su deber cuando flecho a mi padre y a mi madre pero lo cierto era que antes de aquello hubieron otros y después de ellos hubieron otros.

La historia cuenta de que parte de una maldición y bendición era el amor verdadero y quien vendría a ser "Cupido" se convierte en una excusa, una historia que nos suelen contar de niños, algo con los que todos crecemos en el mundo mágico y esperamos, aun así...

Tenía miedo de enamorarme, miedo a que mi amor no sea correspondido, miedo a que alguien o algo me quite a aquella persona especial pero luego recordaba que yo era humana y podía enamorarme muchas veces como ellos. Podía superar y seguir y, no casarme por obligación, como la reina de la Corte de Otoño, sino tener más de una oportunidad.

Estaba sentada en lo que parecía ser un sofá, cantando una canción de cuna, una que me solía cantar mi madre cuando yo jugaba con mi hermana, una cuando teníamos sueño y la misma con la que recordábamos a nuestra abuela.

El viento cálido de verano se coló por las ventanas de cristal, de hielo. La decoración era entre plateados y muy pocos dorados. Copos de nieve en la pared brillando como la luna. Pequeños soles pintados en el techo de amarillos y dorados. Una suave caricia en mi mejilla.

Levante la cabeza sonriendo a la persona que no podía distinguir. Él se agacho luciendo una preciosa capa de azules y celestes bajos. Se sacó los guantes blancos y murmuro algo. Yo le respondí pero me detuve cuando un movimiento en mis brazos que parecían estar en mi regazo, me sorprendió.

Una pequeña cosa rosada y al mismo tiempo pálida me sonrió. No pude respirar sorprendida por el beso que se posó en mi frente y por lo que parecía prácticamente imposible. Hielo y fuego combinado en sus ojos, uno dorado y el otro azul platino con sus cabellos oscuros, algo que no definía si era castaño o negro.

Temblé cuando hable y sonreí cuando llore. Él me tomo de la mano besándola, siempre besándome y después me abrazo...

Estaba respirando pero de alguna manera aunque me sentía cómoda, me dolía un poco el pecho. Respire nuevamente y después el dolor fue cesando, muy lentamente hasta que al fin tuve fuerzas de moverme y

pensar en otra cosa.

Antes de despertar me di cuenta del delicioso olor a árboles y nieve, imagine que sería por aun permanecer en las tierras del eterno invierno pero era diferente, olía un poco a menta y un poco a fresco, era un olor extraño, delicioso y diferente.

Me mecí y sentí el calor, un calor ajeno al mío y abrí los ojos y me quede quieta.

No podía distinguir si aún seguía soñando o simplemente que yo no era capaz de digerir lo que era cierto porque yo lo sentía y era diferente a cuando sueñas. De esa manera encontré a Rae quien me estaba abrazando, quien estaba dormido, quien de alguna manera se veía diferente también.

No pude moverme más de lo que me dolía sin embargo lo intente. No sabía cómo habíamos terminado así, solo sabía que yo ya no temblaba y que de alguna manera estábamos durmiendo, juntos, abrazados. Me ruborice por completo al darme cuenta de que si levantaba un poco la cabeza podría besarlo y me reproche internamente por eso, yo no debía de pensar así y mucho menos calcular la distancia entre nuestras bocas, eso me sorprendió aún más. Apreté los puños con fuerza.

- Bueno, al menos has despertado – me puse tensa y me gire a ver a Calíope quien estaba sentada al pie de un árbol observándonos, o quizá solo lo veía a él, me sentí atrapada.

- ¿Qué paso? – pregunte zafándome del cuerpo del príncipe con la misma lentitud con la que había volteado a verla, como un animalillo y con el corazón desembocado.

- Fiebre, irónico ¿verdad? Tanto tiempo odiando a los humanos por su debilidad pero viene una y se desmaya en los brazos de un príncipe – *omitió el "mi príncipe"*, lo tenía tan gravado en los ojos, tanto que asustaba.

- Lo siento – me senté recta.

- Solo una cosa Lae. Ni se te ocurra enamorarte de Rae. Él... no puede corresponderte, ni a nadie.

- Lo sé – baje la mirada a contemplarlo – un elfo solo puede enamorarse una vez en la vida, eso no me asegura nada a mí ni a nadie ya que el príncipe estará enamorado por siempre de la princesa Aglae.

- ¿Cómo lo sabes? – ella frunció el ceño, recelosa por mí.

- Han pasado muchas cosas – sonreí solo que no sabía si era por el extraño sentimiento de soledad en mi pecho o por lo cierto y falso que era eso.

- Rae vino un día de repente diciendo que se casaría con la princesa Aglae

- dijo despues de un largo silencio - que no habría problema alguno porque la princesa Summer heredaría su corte en cambio con Aglae sería diferente. No sé qué sucedió con esa visita que tuvo en la Corte de

Verano, ja, ni siquiera sé cómo se fijó en ella. La princesa Aglae nunca ha sido una belleza entre nosotros. Siempre falsa...

- ¿Falsa? – pregunte y Calíope sonrió con sorna.

- Ocultándose de las multitudes, dejando que su hermano la defendiera, siendo la oprimida teniendo todo ese poder de una princesa. Si al menos alguna de nosotras hubiese tenido aquella oportunidad de nacer bajo una cuna así entonces no sería un desperdicio.

- Pero la princesa Aglae está muerta – me puse tensa cuando sentí la voz de Rae y baje la cabeza de inmediato segura de que sin darme cuenta estaba parada en un agujero.

- Si, lo sé – siguió Calíope.

- Lae – me gire aun con la cabeza hacia abajo y lo observe un momento antes de regresar a mi forma sumisa.

- ¿Si príncipe?

- ¿Cómo planeabas llegar a Inglaterra si no conoces ningún portal en nuestro mundo?

- Bueno, eso...

- Imagino que tiene que ver con esta daga, ¿verdad? – levante rápidamente la cabeza y mi cuerpo reacciono solo al tratar de coger la daga que el tenía en la mano. Rae retrocedió y levanto una ceja preguntándome en silencio, dejando que la tensión creciese, sin embargo lo único que aumentaba en mi era mi desesperación por mi único medio de escape.

- ¿Una daga? – bufo Calíope – ¿tiene eso algo de especial? – lo cierto era que a primera vista era una daga ordinaria pero yo me había detenido a contemplarla un poco cuando ya estaba a salvo y ese brillo verde que lo rodeaba, como una especie de aura, no era normal, así que asumí que su cambiar de colores, como si tuviera vida propia, podría ser, inclusive extraño aun en su mundo.

- ¿Además de lo anormal que luce? – inquirió Rae y yo volví parpadear confundida – ¿no ves esto? – giro la daga y pequeñas líneas como serpientes en un vivo color rojo entre el verde se elevaron enredándose con su propia bruma antes de volver a esconderse en la plata.

- ¿Qué cosa?

- Interesante – volvió a analizar la daga y me observo desconfiado – una daga de algún mago fuerte, ¿verdad?

- La daga de Viltis – concorde y espere a que Calíope no se tirara encima de Rae a tratar de observar mejor la daga, y a esperar un poco que la expresión del príncipe volviese a la normalidad. Era obvia la sorpresa, si para mí fue un shock al analizar a quien le pertenecía ahora y de quien había provenido no podía imaginarme ni en que pensaban ellos ahora.

- Mentira, no luce, especial – observo Calíope.

- Creo que tú no puedes verlo – él se giró hacia mí – ¿de cuál de todos los Viltis fue esta daga?

- Nadzieja – respondí y otra exclamación ahogada de ambos.

- ¿Cómo es posible que una humana tenga esto? – pregunto el príncipe.

- Es imposible. Nadzieja difícilmente crea armas y aún más “dagas portales”.

- Las historia es... complicada – baje la mirada repitiendo de nuevo mi única excusa. Yo sabía quién representaba ser un Viltis pero no sabía porque era al menos tan importante Nadzieja y aun así, tenía una corazonada.
- Complicada. Bueno, algún día me gustaría escucharla, Lae – Rae me entrego la daga con cuidado y después se quedó viéndome, aun analizándome. Él ya no era el chico que había conocido aunque realmente no creo haberlo hecho – ¿sabes cómo usarla?
- Todo esto me parece sospechoso – comento Calíope pero yo me limite a leer las inscripciones. “La sangre no miente” en un lado hecho en una runas que no reconocía pero si podía leer y al lado contrario, “Sostén el corazón de un rey”.
- ¿Y bien?
- Estamos en la frontera ¿verdad? – pregunte y tanto Rae como Calíope asintieron. Me acerque a los caballos y les quite las cuerdas que los sujetaban. Después los mire a los ojos y ellos comprendieron a la perfección. Ambos se fueron. Calíope se puso a insultarme pero no le tome importancia sino que seguí con lo mío hasta que Rae la callo.
- “La sangre no miente” - repetí – cojan mis hombros por favor – les pedí y ellos obedecieron – “corazón de rey”.
- ¿Qué planeas hacer?
- Lo obvio – respondí y me abrí una herida en la palma de la mano para despues cerrarla tratando de retener la sangre pero se desbordaba y finalmente termine girando mi palma hacia el suelo, esperando unos segundos antes de que sucediera.

Un latido duro todo. La sangre cayó al suelo en un par de gotas. Las manos que me sostenían apretaron y me vi envuelta en un mar de sensaciones oscilantes. Deje de respirar pero no porque pudiese sino por qué el aire ceso y se apretó contra mi garganta.

Caí de rodillas, abrí los ojos asustada y me percate del cambio de pinceles, de colores, que se combinaban y separaban a nuestro alrededor.

Un segundo después el suelo volvía a ser estable y yo nunca había caído de rodillas pero unas manos sostenían mi cuerpo inerte, de alguna forma frio y esos ojos azules eran nuevamente la roca a la que me agarraba a toda fuerza.

Me recosté en él respirando rápido. Cerré los ojos por la jaqueca y ni siquiera me puse a analizar a donde habíamos llegado, no podía enfocarme pero tampoco podía desmayarme.

Me quede en su pecho hasta que pudiese mantener las cosas tranquilas pero me extraño que ni el príncipe ni tampoco Calíope dijeran nada. Ella

simplemente llego y se marchó a explorar.

- ¿Cómo te sientes? – susurro Rae quien con cuidado me había levantado para llevarme a una banca de madera de diseño retorcido y extraño.
- Cansada – respondí pero no quise añadir “dependiente”.
- Es normal. Ninguna humana antes había viajado por un portal.
- Bueno – trate de ponerme recta.
- Dame tu mano – inconscientemente la cerré con fuerza y él se rio aunque yo no entendí el motivo pero aun así tomo mi mano y suspiro en ella haciendo que su aliento chocase contra mi piel adolorida. Tuve que recordarme que era un príncipe pero también que... *maldición*.
- Detente – suplique y luego me levante de golpe aun conmovida – usar magia estando en la tierra del hombre es... – él volvió a reír colocandome en el suelo.
- Estoy bien, solo es un suspiro – señalo mi mano y inconscientemente la abrí – perdón por no poder hacer desaparecerla por completo.
- Está bien – y se había cerrado.
- Debo de admitir que estoy sorprendido – ambos levantamos la mirada y nos quedamos de piedra.

Frente a nosotros un chico que había salido de la nada vistiendo ropas oscuras y contemplándonos con unos hipnotizantes ojos verdes musgos, como los que poseen las hadas con su brillo espectral.

Él nos sonreía y lucia completamente sospechoso aunque, cercano, como si me llamase para acercarme, para abrazarlo y nunca dejarle ir, seductor.

Su piel blanca y perfecta aunque tenía un tono rosáceo. Unos ojos grandes en su rostro pequeño pero se veía perfecto entre esas espesas pestañas y sus cejas de un castaño rojizo como su cabello cobre, y, esos labios curvilíneos, gruesos a diferencia de los labios promedios élfico.

Él sonrió al verme y se acercó muy lentamente pero ni Rae ni yo respondimos. No pudimos hacer nada más que observarlo, como en un hechizo.

- Te esperaba antes – coloco su mano, tibia, en mi mandíbula obligándome a verlo directamente a los ojos. *Él era bello* – semillita – *como... si lo hubiera visto anteriormente*.
- ¿Qué es esto? – un ruido metálico y me libere del hechizo para girarme a ver a Calíope que peleaba contra su cuerpo, al igual que nosotros antes, tratando de moverse - ¿Qué pasa aquí?
- Oh, lo siento – se disculpó el hombre.
- Tranquila Calíope – hablo Rae y acto seguido cogió la mano del chico para hacerla retroceder, haciéndolo soltarme. Me sentí inquieta por ello.
- Increíble. Me agradaría que te presentes – comento el chico.
- ¿No es de educación que se presente el recién llegado?

- Hey, fueron ustedes ya que yo estaba aquí antes y vaya, quien iba a pensar que tendría a la nobleza aquí – apreté los labios esperando a saber su identidad – pero no importa, si están con mi semillita o son buenos, o simplemente malos – frunció el ceño.

- Me acompañan – aporte y él sonrió.

- Entonces lo siento – movió su mano como ahuyentado pájaros y Calíope pudo moverse de vuelta – soy Nadzieja Viltis, ahora, si quisieras...

- ¿Nadzieja? – pregunto Calíope pero se quedó callada viéndolo fruncir el ceño.

- Soy el heredero de la Corte de Invierno, el príncipe Rae Frio - hubo un momento de silencio pero fue borrado por una sonrisa.

- Un príncipe, bien, su majestad, si no le importara devolverme mi mano – Rae lo soltó y él sonrió más - ¿Y la señorita? – observo a Calíope.

- Calíope, yo soy...

- Espera – la detuvo Rae – con tu nombre basta Calíope.

- Inteligente, príncipe – sonrió Nadzieja – y semillita, si te importara decirme porque ellos te acompañan.

- Antes que eso – mire a nuestro entorno y me sorprendieron la rareza de los árboles que solo tenían hojas al finalizar su acenso al cielo y el piso de piedra - ¿Dónde estamos?

- El parque central de toda Inglaterra, creí que tus padres te explicarían que... - tome su mano y él se detuvo, se quedó observándome y entendió que yo quería que no soltase información – de todas maneras, vamos a casa Lae – entrelazo su mano con la mía y comenzó a caminar – ustedes también vienen, les hace falta un baño y descanso – y nos siguieron manteniendo su distancia.

- Me gustaría preguntar ¿cómo es que la conoces? – inquirió Rae y me volví a tensar.

¿A Lae? Bueno, una vez hace mucho tiempo visite su casa y conocí a sus padres y les pedí la mano de Lae en matrimonio así que ella llegaría a ser mi novia y prometida – mi boca callo abierta pero él siguió sonriendo. *Los elfos no pueden mentir.*

- ¿Con una humana?

- Francamente eso no me interesa mucho. Lae es Lae y eso nunca va a cambiar.

- ¿Por qué un gran mago quedaría casarse con una humana? – pregunto Calíope.

- Porque la amo, es obvio.

- Pero no es posible.

- Lo dice el príncipe que conoció a una princesa y se enamoró perdidamente de ella con solo una visita.

- Pero Aglae no es humana – se molestó Calíope.

- Era... - corrigió Rae pero Nadzieja ya se había detenido.

- ¿Era? – y se giró.

- Murieron. La princesa Aglae, el rey Magnus y la reina Náyade – respondió y él se quedó quieto. Después me vio aturdido unos dos segundos antes de comprenderlo y que la tristeza se colara en sus facciones, suspiro.

- Lo siento tanto...
- No lo sientas, no es tu culpa – comente.
- ¿Desde cuándo estas aquí? En el mundo humano – pregunto Calíope y el sonrió con tristeza.
- Casi diez años.
- Entonces conociste a Lae... ¿es posible que fueras tu quien le entrego esa daga? – pregunto Rae pero Nadzieja se limitó a encogerse de hombros y el príncipe lucio más receloso.

No volvimos a hablar y mentalmente seguí preguntando de donde conocía a aquel elfo, maldiciendo la conciencia, los recuerdos y la limitada capacidad que tenía un humano pero aun así no podía dejar de verlo, de sentir que parte de mi hogar estaba con él, con un extraño que me conocía. De inmediato admití que quizá, todo ese tiempo en la Corte de Invierno, jamás, ni siquiera cuando estaba en la Corte de Verano, había dejado un hueco como cuando estaba con mi hermano, como cuando estaba con mis padres y como cuando existía ese tiempo, ese tesoro en donde no habían reglas ni distinciones, solo, una familia.

Nadzieja nos llevó a una hermosa casa de tres pisos en donde, después de conducirnos a nuestras habitaciones, comunico que todo el descanso que necesitábamos y las duchas serian primero y podíamos hablar mientras cenábamos. Era de noche en la ciudad de Londres.

Me bañe como ordeno pero me encontraba curiosa así que salí de mi habitación, la que quedaba frente al cuarto de Calíope mientras que la de la derecha era la de Rae y al otro lado del pasillo el cuarto de Nadzieja y toque su puerta que se abrió con un chico recién salido del baño, sonriente y con ningún signo de sorpresa en su mirada o actitud. Fruncí el ceño.

- Te estaba esperando Aglae – me tense al oír mi antiguo nombre y mire hacia al pasillo en caso de negar si alguien había oído pero no había nadie.

- Veo que estas ocupado, puedo volver después...
- Nad. Llámame Nad como solías hacerlo y no, no estaba ocupado – retrocedió cediéndome paso para entrar – calcule el tiempo en que te tomaría bañarte y cambiarte, hasta venir a verme y pensé ideal usar ese tiempo también para una ducha. Ya sabes, no quiero oler a sobrenatural después de encontrarme con ustedes.
- Si – baje la mirada – lo sé – y como no era el único en el mundo humano debía de ser problemático puesto que siempre habían “recolectores” e iban en busca de la magia que ya no podían emplear.
- Sé que tienes muchas preguntas pero lo básico seria explicarme que sucedió para que termináramos en estas condiciones – saco un polo rojo de su armario y me observo verlo ya que era imposible no contemplar su cuerpo tonificado y delgado, como un guerrero ágil – además, es necesario para no volver a soltar cosas tontas como, ¿cómo están tus

padres? O...

- Lo entiendo – suspire.
- Bien. Espérame un minuto en lo que me cambio – y entro al cuarto de baño con la ropa en su mano.

El cuarto de Nadzieja era como él aunque mostraba mucho de ser personalidad. Habían libros, muchos libros y también habían cuadros con mariposas pintadas, tan real que parecía que podían salir volando en cualquier momento.

Las paredes eran de un tono turquesa y el suelo como el granito pero no negro sino gris con unas cortinas verdes. Era un lugar acogedor, me recordaba a casa por la calidez de los objetos que decoraban lo muebles de madera y una cama de un precioso plata así como un retrato, el único en todo el cuarto, un dibujo mío y suyo cuando éramos niños, algo que me perturbo pero no recordaba.

- Lo hizo Támesis, mi hermana, por si no lo recuerdas.
- No lo hago – y no me atreví a tocarla.
- No importa por ahora aunque estoy molesto de que no me recuerdes. Fue una bonita época.
- Nad...
- Si, lo siento, eso será en otro momento. Tome asiento su majestad – apreté los labios y obedecí pero me sentí mal por aquello.
- Ya no soy “su majestad”, solo una humana común y corriente.
- Que conoce el mundo de las hadas – volvió a sonreír al mismo tiempo en que se sentaba frente a mí, en su cama – naces heredera, eres heredera, pero... ¿qué sucedió?
- La Corte Oscura – solté. *Mis padres querrían que confié en él* - Ellos se infiltraron en palacio cuando mi hermana y yo cumplimos la mayoría de edad, si es que no estaban ya desde antes en nuestra corte – sabía que no debía de hablar pero algo, mi instinto quizá, me decía y ordenaba que no ocultara nada y mis instinto nunca me habían fallado antes. Confié en ellos – Nos atacaron, buscaban tener un nuevo gobernante y escogieron a mi hermana. Mataron a mis padres – las lágrimas se amontonaron en mis ojos pero pelee para que regresaran. Llorar no solucionaría nada – también trataron de matarme pero hui. Mis padres me pidieron hacerlo pero fui cazada. Mi intención era usar la daga ni bien encontrara una zona neutra de magia, aun así el bosque no me ayudo. Estuve a punto de morir después de ser atravesada por una espada negra pero sobreviví, Rae me rescato y me llevo a su corte.
- ¿Mato al que te cazaba?
- No, solo me encontró y no me dejo morir. Luego me retuvieron allá pensando que era una espía. No se equivocaron mucho.
- ¿Entonces que te trajo acá? – volvió a preguntar Nad.
- Hace unos días vi a mi hermano y a mi cazador. Obligaron a Kalay a robar el cetro de las estaciones – él ahogo una exclamación pero guardo silencio – tengo que recuperarla. En la corte de invierno piensan que yo

soy la ladrona y lo profiero así por ahora. Necesito recuperar el cetro.

- ¿Está el mundo humano?

- Esta aquí, en Londres - respondí.

Entramos en detalles, el tiempo parecía extenderse de buena manera y sin embargo no entendía porque seguía hablando, porque le tenía tanta confianza, o, porque no le recordaba.

Me conto que él me había conocido desde que yo había nacido así que me burle un poco porque le gustase una niña pequeña pero él lo tomo para bien, dijo que había visto un futuro conmigo con unos preciosos hijos pero que los futuros eran cosas tan inciertas para aquellos ajenos a las familias reales por lo que no se podía confiar en ello al cien por ciento.

También narro como había aparecido en mi vida en breves periodos de tiempo, cosas que con un obvio motivo no recordaba pero él lo hacía a la perfección ya que la mente de un elfo es una cosa sorprendente. Nad regalándome una rosa, Nad cantándome la nana que mi madre nos cantaba a mi hermana y a mí, Nad enseñándome a nadar, Nad obsequiándome el don de "olvidar", cosa en la que no quiso entrar en mayores detalles y otras pequeñas visitas sin embargo me llamo la atención que una de sus visitas, en mi cumpleaños según me conto, fuese hace siete años.

- ¿Por qué ver un futuro a mi lado y no al lado de mi hermana? – pregunte. *Una de tantas preguntas.*

- ¿Debería decir que por las orejas? – sonrió como si fuese simple pero no lo era. De inmediato supe que si él se casaba con mi hermana en lugar de con quien se fuese a casar ahora, sería muy bueno para la Corte de Verano pero...

- Un miembro de los Viltis no puede casarse con los miembros de la familia real.

- Lo sé, por eso me pareció curioso tu nacimiento. Una princesa, "la princesa heredera" humana, curioso ¿no?

- Dime qué ocultas – volví a hablar.

- Bueno, de hecho, muchas cosas pero si no haces las preguntas correctas entonces no me veo obligado a responderte.

- Y aun si respondes no quiere decir que serás directo o evasivo.

- Lo entiende, mi princesa – hizo una reverencia y sonrió como aquellas hadas de la seducción lo hacían para obtener sueños y suspiros humanos.

- No me digas princesa y evita revelar cualquier cosa de mi pasado.

Preferiblemente si te preguntan seré yo quien responda...

- Como ordene.

- No es una orden – me enoje pero él volvió a sonreír y se colocó al lado de la puerta y la abrió justo antes de que el príncipe Rae, quien estaba bien vestido y sorprendido veía con un aire sospechoso a Nad, tocarse.

- Príncipe, bien, Lae y yo acabamos de terminar nuestra charla, ¿verdad?

- se giró hacia a mí pero me reí y me levante rápido. Prefería que pensara

cualquier cosa menos a la charla seria que había tenido con Nad, porque me preocupaba que él príncipe se metiera a mi cabeza...

No me hablo en lo que bajamos las escaleras, ni siquiera cuando estuvimos frente a frente comiendo, exclamando sorprendidos de la variedad que había en el mundo humano pero siguió observándome en silencio, incluso cuando respondía a preguntas tontas de Calíope, ni un segundo quito sus ojos de mí y yo por mi parte finja que no me daba cuenta, tanto que se sintió forzado.

- ¿Entonces Lae te narro su estadía en la Corte de Invierno? – pregunto Calíope y me tense molesta, más porque era probable que la pregunta viniera de Rae quien quizá había incitado a Calíope a preguntar. *Ella solía actuar diferente...*

- Si, fue divertido, algo como la princesa humana – Nad me observo y se rio para que yo hiciera lo mismo pero yo permanecí tensa, aun evitando ver esos ojos azules hielo - ¿Cómo se lo creyeron? Es decir, vamos, Lae es humana aunque... - volvió a reír – tiene los modales de una reina y el intelecto de un “escriba”.

- Nad – hable pero él continuo.

- Aparte es la humana más bella del mundo. Es paciente, guerrera, líder...

- Basta – le dije y el callo de repente pero aun riendo como haciéndome dar cuenta de ello otra vez. Le había dado una orden y él había obedecido.

- Me sorprende que se conozcan tan bien – volvió a hablar Calíope – y con lo de creérselo, fue fácil. Rae es un excelente actor y todos esos besos y caricias...

- *Duele* – me tense porque algo apretó en mi pecho y después levante la mirada confundida.

Absolutamente nadie había oído esa voz, una voz espectral como la de una niña y al mismo tiempo como la de un orco, al final de cuentas, una voz que nunca antes había oído y que penetraba en tu alma hasta controlarte amargamente.

Me quede en silencio y rece por oírla de nuevo sin embargo no quise que volviese a pasar porque estábamos en el mundo humano y no era posible tener una libertad de magia así.

Existían reglas que no eran dichas pero eran obvias. Rae llevaba en el cuello un “relicario”, así es como lo llamamos en las familias reales y un relicario es capaz de contener tu magia pero también de brindarte protección contra el hierro. Para ciudadanos normales y nobles no hay relicarios, solo “colgantes”, que tiene la misma función con la diferencia de que los relicarios por ser de antigüedad y forjados con los mismos minerales que fue hecha la tierra guardaban energía y fuerza. Aun así si alguien del mundo de las hadas usaba su magia, el relicario o el colgante

se debilitaban y explotaban, aunque no lo hacía realmente.

La magia vuelve a la tierra y la tierra provee su magia a los elfos, a los escribas, a las hadas, a los pixie y a otras criaturas más.

Usar la magia en un lugar que posee hierro es suicidio ya que al desvanecerse la magia, la protección, entonces el hierro debilita y mata. Al menos los relicarios podían aguantar y Calíope por ser de la nobleza debía de tener un colgante ancestral que dura la mitad de los relicarios... aun así usar la magia para susurrar unas palabras en un idioma gutural y...

Soltee un jadeo cuando sentí una pequeña briza en mi oído derecho y de inmediato me vino otra cosa a la cabeza. Una humana no debía de sentir cosas que ni en el mundo de las hadas se permite sentir, un mal presagio.

- ¿Lae? – parpadee y luego sonreí dulcemente.
- ¿Qué sucede Calíope?
- Estabas como ida, ¿en qué pensabas?
- En lo mucho que ha cambiado las cosas en un corto periodo de tiempo – *y no era mentira.*
- Bueno. Entonces continuemos con nuestra charla – ella se puso recta y me encaro al mismo tiempo en que veía a Nad – Nadzieja, dijiste que conociste a los padres de Lae, ¿verdad? ¿Cómo la conociste y como llegaste a conocerlos a ellos? – fruncí el ceño y observe a Rae quien aún me observaba, serio, analizándome y fácilmente susurrando sus preguntas a Calíope.
- Nad me conoció en un valle muy lejos de aquí, cuando iba de excursión pintando algunas flores silvestres, él se refugió en nuestra casa – aclare aunque la mentira me quemara en la garganta.
- ¿Eres bueno pintando? – volvió a preguntar Calíope pero Nad sonrió y se levantó dirigiéndose a un estante, de donde saco un cuaderno de dibujo.
- La conocí hace siete años – sonrió y mostro una imagen en donde yo jugaba con un par de mariposas reales. Su afirmación era “volví a conocerla”, *una trampa* – y me pareció hermosa – un dibujo hecho a lápiz y con sombreados reales. Toda una obra de arte.
- ¿Cómo puede un elfo enamorarse de una humana? – volvió a preguntar ella.
- La familia Viltis no tiene las cadenas que os encierran a usted Lady Calíope.
- Bien, pero ella morirá algún día y tu seguirás vivo.
- La muerte no me asusta o intimida, lady.
- ¿Por qué motivo le diste la daga portal a Lae? – volvió a preguntar ella y yo me levante molesta, sin poderme controlar. Esto no era una charla sino un interrogatorio.
- Príncipe Rae, si usted desea interrogarme entonces hágalo libremente, estoy segura de que puede hacerlo. No moleste a Nad – y él sonrió.

- Yo no he dicho nada – afirmación con trampa. Yo odiaba a los elfos.
- Es obvio lo que hace, su majestad – respire profundo y volví a sentarme – enviar sus preguntas a Calíope para que ella las haga en lugar de hacerlo usted mismo es...
- Yo les debía a sus padres – respondió Nad cortando nuestra conversación – por eso cuando me despedí les entregue la daga portal con la esperanza de que Lae llegue algún día a mí – verdad a medias – por eso...
- Es curioso que estuvieses confiado, que ella supiera la manera de utilizar la daga de Viltis y de que...
- Entendí mucho en su mundo, alteza – volví a hablar.
- Bien, pero desde que huiste o quizá desde que te conocí, no he confiado verdaderamente en ti, Lae.
- Vamos – Nad aplaudió y se levantó – la cena termino y es hora de descansar. Mañana podemos hablar, ¿sí?
- Gracias por la comida y buenas noches – me despedí y salí de mi asiento.
- Buenas noches semillita – Nad se acercó y deposito un beso en mi cabeza antes de que yo reaccionase.

Vi diversión y cariño en sus ojos por lo que no pude decir absolutamente nada, por lo que me sentí tonta cuando me ruborice y cuando me gire hacia las escaleras con el corazón martilleando fuerte.

No sé ni cómo llegue a mi cuarto, ni siquiera sé cómo hice para cambiarme en las ropas humanas y meterme a dormir, solo sé que tenía la cabeza hecha un lio pero eso no fue suficiente para impedirme dormir y así lo hice, mi primer día en el mundo humano...

Estaba segura de que estaba en palacio pero no recordaba bien el tipo de decoración, quizá más informal.

Camine por los pasillos buscando mi habitación y la encontré, muy diferente también a como la recordaba. Los dibujos, los libros, el color de las paredes y la decoración más infantil. Camine un poco más buscando alguna pista porque no recordaba que mi cuarto estuviese de esa manera.

- *Imposible, ¿dónde estás Aglae?, madre nos busca para encontrarnos con Nad – apareció Summer por la puerta de mi habitación y se quedó completamente quieta, como si pudiese verme aunque esto era un sueño, nada más que eso, pero ella me mantuvo la mirada un segundo antes de girarse y murmurar algo – imposible, ¿dónde está mi hermana en nuestro cumpleaños número once?*
- *Summer, me encontré con un muchacho – apareció Kalay corriendo a mi habitación – y estaba coqueteando con Aglae – Summer abrió la boca para reprochar que quizá era imposible pero miro a Kalay y ambos*

entendiendo lo que tenían que hacer se echaron a correr.

Los seguí y me sorprendí a mí misma al encontrarme dirigiéndome hacia la biblioteca con un chico detrás mío, él con el cabello hasta los hombros de un azabache profundo y esos inconfundibles ojos azules. Rae.

Ellos hablaban y ella lucía molesta, una yo pequeña mientras que cogía con fuerza su libro que al parecer goteaba aunque era un líquido naranja.

Entraron a la biblioteca y buscaron un asiento alejado y escondido alado de una ventana gigante. Mi lugar favorito.

- Kyle no quiso hacer eso – dijo él unos años mayor que yo, quizá dos, quizá tres – así que princesa Aglae, por favor no se enoje.

- Bien, lo entiendo – dijo ella abriendo su libro y sacando un hermoso pañuelo de algún lugar de su vestido – solo, por favor – ella lo miro a los ojos un segundo, puede que haya sido eso pero no lo entendió. Él se ruborizó por la cercanía de sus rostros y se notaba confusión al percatarse de que había sido su culpa de aquella cercanía pero ella no lo noto y volvió a ver su libro secando las páginas – era de mi abuela – murmuro y el apretó los labios.

- Ni el fuego ni el hielo pueden reparar ese libro – dijo él alejándose un poco.

- Lo sé – ella rio triste – dígame príncipe Rae, ¿qué los trajo aquí?

- Visitas oficiales – volvió a ver el libro y luego a ella con algo que no podía leer bien en sus ojos.

- Semillita – apareció otro muchacho, uno mayor que en lo absoluto había cambia a como es ahora a excepción de las ropas – vaya, ¿Qué le paso a tu libro?

- Un accidente – ella bajo la mirada.

- Bueno, solo es zumo – agito una mano y las gotas del sumo se elevaron dejando las paginas intactas y tan viejas como había sido antes el ejemplar – fácil de reparar – se giró hacia la niña – vamos, tu padre y madre están buscándote.

- Espera – hablo Rae – ¿quién eres tú?

- ¿Yo? Soy Nadzieja. ¿Y tú?

- El príncipe heredero a la corona de la Corte de Invierno. Rae Frio.

- Ah, el príncipe perdido. También viene conmigo su majestad – Nad me tomo de la mano y comenzó a caminar – también su majestad Summer y su majestad Kalay. Los reyes nos esperan.

Cuando abrí los ojos la combinación de sensaciones, de olores y todo lo demás me pareció extraño, más, nítido. Eso me sorprendió y aún más cuando oí un leve trinar de pájaros justo antes de que otros se unieran y me despertaran por completo.

Fui al baño y me lave la cara y revise el reloj. Las siete de la mañana y se me había ido el sueño por completo. Odie eso pero al menos ahora

recordaba cuando conocí a Rae y comprobé que ya conocía a Nad, solo que fue extraño llegar al mundo humano para recordarlo.

Salí de mi habitación después de cambiarme y luego a la puerta de la casa viendo a la gente pasar, gente como yo pero encerrados en su propio mundo, con aparatos raros en la mano y cosas que les salían de los oídos o trajes que lucían muy apretados o bolsos de piel de animales en sus manos y espaldas. Todo cuadrado, era extraño.

Me senté en las primeras gradas observando a más gente y sorprendiéndome aun de lo que había visto ayer. Cosas cuadradas que se movían en algo redondo que lo sostenía. Por lectura pude identificar a los coches así mismo como con los celulares y auriculares. Ellos se las ingeniaban para sobrevivir.

- ¿Qué haces despierta tan temprano? – pegue un salto del asombro pero luego me percate que la sensación que había tenido cuando desperté temprano se había ido por completo y volví a recuperarme aunque me sentía más confiando ahora, eso no debía pasar.

- Ya no podía dormir – volví a prestar atención a los autos – luce humano, su majestad.

- Esa es la idea – se sentó a mi lado y soltó un suspiro antes de sumirse en el silencio al igual que yo...

Seguir observando la poca naturaleza me puso incomoda porque esos árboles no lucían particularmente felices de estar solos, valla, no sé ni cómo sabía eso.

Me gire hacia Rae buscando en que otras cosas había cambiado a parte de las orejas pero aun como humano seguía luciendo sobrenatural y curiosamente apuesto con ese polo turquesa y pantalones negros. Me pregunte si él recordaría a Aglae en aquella ocasión y si se había enamorado de ella con esa simple mirada.

No entendía, eso me molestaba. No podía entender como alguien podía enamorarse simplemente observando a alguien. Rae era hermoso. Ah, diablos...

- Príncipe – hable y él se giró frunciendo el ceño pero no podía preguntarle. *¿Él recordaba que Nad había llamado a la princesa Aglae "semillita"?* – Ahhh... - me mordí el labio – ayer, me daba la impresión de que ya conocía a Nad.

- Si, lo conocía, solo que en aquel entonces no sabía que era un Viltis – entonces ahí estaba de nuevo el increíble cerebro de un elfo.

- ¿Por eso estaba molesto? – abraza mis rodillas.

- No – y permaneció callado viéndome no dispuesto a responder más pero no pude conmigo misma.

- ¿Entonces por qué estaba molesto?

- Porque estaba celoso – no cambio de expresión y estoy segura de que no fue por eso que me dolió el pecho y me faltó la respiración sin embargo apreté los labios y me retuve. *No era por eso...*
- ¿Es por Aglae? – él no respondió. Solo miro hacia adelante y dejo que aún me retorciera por dentro. Yo no debía enamorarme, no ahora, no podía tener distracciones - ¿Cómo era ella?
- ¿Por qué quieres saber?
- Curiosidad – me encogí de hombros.
- La persona más amable del mundo con quizá la sonrisa más tierna que haya conocido. Él tipo de chica que quieres proteger y dejar que te proteja.
- Vaya – fruncí el ceño. Esa persona que describía no era yo, en lo absoluto – yo también estaría celosa de una persona así – me levante – preparar el desayuno – y me detuvo.

Él me tomo de la mano y me observo de manera suplicante.

Yo sabía leer los sentimientos a la perfección a través de los ojos pero con él era tan confuso que no lo entendía. Era la primera vez que veía esa mirada que escondía tantas cosas, una mirada que lucía perturbada, como si me pidiera explicaciones y por ende, una mirada que me hacía sentir miles de cosas que nunca había sentido antes. Amor... eso dolía.

- No es justo – me acucille y coloque su mano en mi frente tapando mis ojos para que no pudiese leerme. *¿Desde cuándo hacia esas cosas? ¿Desde cuándo me dejaba ganar?*
- ¿Qué no es justo?
- Eres un príncipe elfo y yo una humana. Esta mal que hagas que me enamore de ti así que por favor, para, Rae – abrí los ojos y soltee su mano con el corazón apretando tanto que me sorprendió no morir.
- Perdón – susurro pero no lo vi y me gire regresando hacia nuestro nuevo hogar.

Capítulo 10

CAPITULO 10. Desconfianza.

Mi cara quemaba cuando entre a mojármela. Quería morir por permitirme abrir un espacio en mi corteza y odie como nunca lo que había hecho a mi tonto corazón humano. Si solo no fuese humana, si quizá fuese un elfo eso quizá significaría que me enamoraría una vez en la vida de aquel a quien me merezca y yo lo merezca, pero no era un elfo.

Levante la mirada pero eso no quito el rubor de mis mejillas. Mi boca y mi cuerpo se habían negado a obedecerme y había confesado algo malo, había hecho algo malo, por los cielos que había osado en tocar a un príncipe heredero, esto era tan malo...

Yo me había ofrecido a cocinar pero no podía hacerlo porque simplemente el mundo humano tenía frutas y verduras extrañas además de colores en la comida y la mayoría estaba envuelto en una corteza resbalosa, que según Nad, era plástico. Por suerte él me salvo al decir que me ayudaría y ni Calíope ni Rae sospecharon cuando me vieron en la cocina con él.

Aprendí a hacer espaguetis que era fácil de hacer. Preparabas la salsa y ponías a hervir el "fideo" así como también aprendí a usar los utensilios con los que se servía, con lo que se comía y algunas cosas más eran parecidas o iguales en el mundo humano que en el mundo de las hadas.

- Esto es peculiar. Tiene la forma de los Vatres – hablo Calíope.
- Sí, pero son rojos no verdes. Los humanos son peculiares y esto con su sabor tenue es delicioso.
- ¿Tenue? – pregunte y Nad me observo divertido. Lo que no entendía era porque en el mundo élfico todo tipo de comidas tenían que tener un fuerte sabor, o muy salado pero perfecto o muy dulce pero nuevamente, perfecto.
- Está bien, supongo – suspiro Calíope.
- ¿Y bien? Ya estamos en Londres, ¿alguna idea de cómo encontrar el cetro? – me detuve y levante la mirada fijándome en que Rae lucia molesto, otra vez. Eso me estaba cansando.
- Podríamos empezar con ir de compras. Creo que su majestad y lady Calíope necesitan ropa humana. Después podríamos ir a "Fiesta".
- Pensé en esa probabilidad pero al menos que tengas un "pase de hada" creo que no podremos entrar – volvió a hablar Rae contradiciendo a Nad.
- Su majestad, con mucho respeto creo que usted posee ya un pase de hada al igual que yo y teniendo en cuenta el tipo de invitados y la cantidad que podemos llevar será suficiente con dos, ¿no?
- ¿Qué es un "pase de hada"? – pregunto Calíope.
- Es un tónico hecho de lágrimas de humano y el engaño de un elfo – respondí – valioso para los carroñeros.

- ¿Eso está permitido? – volvió a preguntar Calíope pero se giró hacia mi después de quedarse quieta y me contemplo fascinada y sospechando.

Oh, diablos.

- Otro secreto más – murmuro Rae y yo apreté los labios.

- Dejando eso de lado – Calíope no dejo de fruncir el ceño – creo recordar que no están permitidos humanos y no podemos usar ningún...

- Pero Lae no ira exactamente como humana – Nad se giró hacia mí.

- “Homf de Afrodita” – volví a adivinar y Nad asintió.

- Me gustaría verte intentando darle eso a Lae y que después no sospechen de...

- Tomare lo necesario – hable y se hizo el silencio.

El Homf de Afrodita siempre ha sido una bebida que pone en trance a los humano, y como era común en mi corte, lo usaban para obtener una noche de sus sueños, una despedida y unas cuantas lagrimas; de hecho, se dice que hace que el que lo toma se enamora y siente tanta perdida que entra en negación y después olvida muchas, muchas cosas; el motivo de la amnesia en el mundo humano.

Bien, era fácil que sospechasen pero no le veía problemas a eso, ellos podrían sospechar de lo que quisiesen siempre y cuando me quedase bajo la protección de Nad y Rae, o al menos, esperaba que ellos tuviesen el suficiente estatus para que no se preocupasen por mí.

Pero yo tenía un problema muy aparte, el tiempo. Al tomar el Homf de Afrodita mi tiempo seria escaso y muy posiblemente los guardias estarían detrás mío para sacarme ni bien se valla desapareciendo, y, por lo general, eso conllevaba una larga siesta y muchos problemas con el tráfico de tu cuerpo, pero merecía la pena intentarlo y ver cuánto resistía yo.

Después de aquella discusión sentí el malestar de Rae caer sobre mí. Sentí sus ojos ahora completamente desconfiados sobre mi nuca y por consiguiente me sentí vigilada por Calíope que no dejaba de preguntar, como si eso hiciese algún bien.

Esperamos y nadie me molesto cuando decidir encerrarme en mi cuarto hasta media hora antes de las diez de la noche y por suerte también no me obligaron a ir de compras con ellos que querían averiguar un poco más.

Entro Nad seguido de Calíope que tenía un hermoso vestido corto y apegado de lo que lucía como cuero con altas botas, quizá, algo con lo que solo las elfas podrían caminar y luciendo mucho más alta de lo que era, conquistar a todo ser humano.

Nad no dijo nada y coloco sobre mi cama ropa más reveladora de la que estaba acostumbrada a usar. Un extraño short negro y unas medias altas

con usos zapatos curiosos de tacones pero fácil de equilibrarse en ellos. Un corsé blanco en la parte de arriba dejando al descubierto mi ombligo y una cazadora negra con mangas tres cuartos dejando mis manos libres para emplear unos guantes también raros, negros y que dejaban al descubierto mis dedos.

- Ven, me encargare de tu cabello – se ofreció Calíope y asentí sentándome para que ella hiciese lo suyo. Nad ya se había marchado.
- Sobre lo de hoy... - murmure incapaz de poner en orden mis ideas.
- Sé que tienes motivos por los cuales buscar el cetro, de hecho, por lo que me conto Rae, el príncipe Kalay tiene mucho que ver – me tense al oírlo y ella se dio cuenta pero no comento al respecto y siguió recogiendo mi cabello – pero verte arriesgar tu vida le da otro significado. No preguntaré el motivo, solo quiero que te des cuenta de que tu pequeña vida podría terminar en cualquier momento – hizo girar un mechón y un momento después tenía una especie de moño desordenado.
- Estoy consciente de ello.
- Pero también pareciese que lo haces por algo más, y eso, no me encaja. Sospecho más de ti por ese motivo oculto y con el Homf de Afrodita... - Calíope suspiro y a pesar de la fachada egoísta que tenía se mostraba su preocupación. Sonreí por ello – ¿sabes porque Rae no insiste tanto contigo? – volví a tensarme y ella colocó adornos en mi cabello.
- No – respondí.
- No es que importe mucho pero creo que él está probándote, por ahora, como si quisiera ver que tan lejos llegas por tu cuenta – *como si buscara mis motivos para moverme...*
- Gracias.
- Si, bien, eso no era necesario. Aun no confió en ti – cogió un labial rojo y solo lo pinto en el centro de mis labios omitiendo el contorno. A los elfos no les gustaba los agradecimientos – oh, mira, luces como una vampira – eleve una ceja y ella rio – estuve leyendo un poco – cogió un lápiz negro y me mando a cerrar los ojos para delineármelos y darle énfasis en mi mirada.
- Es hora Calíope – murmuro alguien y ella se levantó.
- Si, lo tengo Rae – Calíope comenzó a caminar afuera de mi cuarto siendo guiada por Nad y yo me levante para seguirla sin poder ver al príncipe a los ojos. Sin evitar recordar las palabras que dije en la mañana.
- Toma – Rae me tendió un pequeño frasco y por el color rosa pálido adivine que se trataba del Homf de Afrodita. Imagino que sería de Nad.
- Gracias - murmure y salí pero me detuvo y me obligo a girarme.
- Estas consciente de que no es necesario que vengas, ¿verdad?
- Debo ir – *y si, como dijo Calíope, por otro motivo.*
- No habrán las tranquilas criaturas que encontraste en la Corte de Invierno.
- Lo sé.
- Y... - sentí su irritación por mi obstinación a verlo a los ojos – serás una presa fácil.

- No cambiare de opinión.
- Necia – suspiro – apenas un corto tiempo – levanto mi mano izquierda y antes de que me diera cuenta de lo que hacía, él beso mi cuarto dedo por el reverso dejando la palma hacia abajo mientras que yo no reaccione, estaba atónita – un seguro – murmuro y comenzó a caminar por delante mío.

Disidí ignorarlo. El príncipe debía de tener sus motivos y quizá con ese pequeño acto se sienta más seguro pero yo no.

Nos subimos en un auto, mi primer viaje en uno, y llegamos al destino mucho más rápido que a pie, sin embargo no pude disfrutar de la vista porque estaba concentrada armando un plan en mi cabeza.

El edificio era enorme y tenía aspecto de un lugar lujoso. Los humanos tontos que sobresalían hacían cola con la esperanza de entrar y también, las “criaturas” que lucían como humanos por instantes pero en su mayoría eran ellos...

Brownies, como pequeños elfos domésticos llevando a humanas hermosas. Coimeas, que eran demonios femeninos de agua. Cat Síth, ladrones de almas. Muchos Cú síth, perros de la muerte. Kelpies que eran caballos acuáticos mórbidos, fantasmagóricos pero muy orgullosos e inclusive unos dos Ghilue Dhu, guardianes de los arboles con sus míticas formas y ocupando un espacio relativamente pequeño con sus grandes cuerpos. Me tense. Eso era magia...

Observe a Nad y él se encogió de hombros ante mi pregunta no dicha. ¿Cómo es que tenían magia? ¿Tendrían reliquias de familias poderosas? Era imposible tantos pero entonces pensé en un conjuro aunque era imposible. Debía de haber una regla para poder emplear la magia y mucho más grande para que las hadas expulsadas puedan usarlo.

Primero bajo Rae con Calíope y todos esperamos que nadie lo reconociera. Él vestía de negro e increíblemente asentaba tan bien sus delicados rasgos haciéndolos masculinos que me fue inevitable apartar la mirada de él pero busque concentrarme. Calíope y Rae combinaban a la perfección.

Se detuvieron por al frente de la puerta sin importarles la cola de humanos y ellos levantaron la vista para protestar pero se quedaron de piedra al ver la belleza de un mundo que no conocían en el suyo.

Rae le mostro el frasco de Pase de Hada e ingresaron.

Esperamos un par de minutos antes de salir del auto con Nad quien iba de blanco y negro como yo, combinando a la perfección. Él me observo y

decidí que era el momento, me bebí la pasión.

Cruzamos la calle de en donde habíamos aparcado y llegamos a la puerta observando a la gente. Me sentí extrañamente entumecida y como si flotara pero me obligue a concentrarme hasta que llegamos a la puerta y tuve que fingir sin hacerlo realmente.

- ¿Están en la lista? – pregunto el hombre grande moreno. Un Pech igual que el otro.

Me reí porque era irónico que siendo Pechs eligieran una cascara grande como esos gorilas pero no se debían de subestimar ya que aunque luciesen pequeños e indefensos como los gnomos lo cierto era que ellos poseían una fuerza extraordinaria, que aumentaba mas cuando más viejos se hacían. Volví a reírme.

- No, pero tenemos un pase – y Nad me paso una mano por la cintura mientras que con la otra extendía su Pase de Hada en un pequeño frasco de cristal en forma de diamante. Volví a sonreír.

- Interesante – sonrió el hombre blanco, el Pechs blanco - ¿y la humana?

- ¿Ella? Tranquilos, no se entera de nada, de hecho, se bebió una copa entera de Homf de Afrodita.

- Y quiero más – me queje frotándome contra Nad.

- Valiente – apareció un hombre detrás de los dos gorilas y me sorprendí a mí misma al descubrir que era un elfo y no se molestaba en disimularlo – no debería aceptar tragos tan a la ligera, señorita – me tomo del mentón y cerré los ojos negándome a observarlo – delicioso – volvió a hablar.

- ¿Entonces? – sentí la ira de Nad pero no entendía porque estaba molesto.

- Adelante – dijo el elfo y de inmediato los gorilas nos dejaron entrar.

Adentro todo era oscuro, aun así pude ver a la perfección como los colores se intensificaban y me entraron unas ansias tremendas de ponerme a bailar con la música, muy diferente a la que solía escuchar. Música de elfos. Fiesta de elfos pero con otros invitados extraños.

- No tendremos mucho tiempo antes de que vengan a buscarte – hablo Nad – así que movámonos.

- Cambio de pareja – se oyó una vos y un revoltijo en mi estómago antes de hallarme ajena al mundo y darme cuenta de mi descuido.

Nad había desaparecido y en su lugar se hallaba mas hadas empujándose en un juego excitante de movimientos eróticos para conquistar.

Me moví deprisa cada vez con la cabeza latiéndome más fuerte hasta que encontré mesas redondas y asientos repartidos por ahí pero no podía ver a alguien conocido. Eso me irrita pero comprendí que era lo que debía de

hacer. Luego evidentemente encontraría a los demás.

Seguí caminando evitando que se diesen cuenta de mi presencia y encontré lo que buscaba.

Una pequeña carpa de negro con manchas rojas armadas dentro de todo el jaleo con unas runas escritas en el aire: Welklyn.

Respire profundo tratando de despejarme pero el perfume de hada no ayudo mucho y como si una mano me jalara ingrese a la tienda completamente indefensa.

- Ola – murmuro bajo pero aunque sonase curioso su vos resonó y yo sonreí. Tal y como lo recordaba.

- Ola Welklyn.